

COMEDIA FAMOSA.

BIEN VENGAS MAL.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Fiesta que se representó à SS. MM. en el Salon Real de Palacio.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

*Don Luis, Galan.**Don Juan de Lara, Galan.**Don Diego de Silva, Galan.**Guzman, Criado.**Espinel, Criado.**Doña Ana, Dama.**Doña Maria, Dama.**Don Bernardo, Viejo.**Ines, Criada.**Juana, Criada.*

JORNADA PRIMERA.

En traje de noche salen Don Luis, y Guzman.

Guzm. **A**l amor, tiempo, y fortuna todo es posible, señor, no hay cosa que à su rigor se defienda. *Luis.* Si no es una; una sola es imposible.

Guzm. Y qual juzgas? *Luis.* La muger, quando da en aborrecer, que es su condicion terrible: si ya con fuerza suprema el gusto, y la bizarría hace del rigor porfia, y hace del agravio tema.

Guzm. A la opinion respondiera, defendiendo las que son de aquea regla excepcion, si ya tan tarde no fuera: entrate à acostar, que el alva, en los brazos de la aurora, aljofar, y perlas llora, y los paxaros con salva despiertan al sol. *Luis.* Qué poco descansará mi dolor!

Guzm. Siempre duerme poco amor.

Luis. Por lo que tiene de loco.

Guzm. Entremos en casa presto, que yo, como no he querido, estoy al sueño rendido.

Cuchilladas dentro.

Luis. Vamos, pues: pero qué es esto?

Guzm. El ruido adelante pasa.

Luis. Es dentro de casa? *Guzm.* Sí.

Luis. Cuchilladas (ay de mi!) à estas horas, y en mi casa? quien son tengo de mirar.

Guzm. Ya ellos nos dicen que son hombres de honra, y de opinion.

Luis. Por qué? *Guzm.* Riñen sin hablar.

Luis. Entra conmigo. *Guzm.* Si haré, mas ya à la calle han salido.

Salen riñendo Don Juan, y otro.

Luis. Cubierto, y desconocido, mejor la ocasion sabré *ap.* de mi agravio, y mi deshonor: Por caballeros, si à caso *A ellos.* un hombre, que sale al paso con obligaciones de honra,

algunas treguas previene
à vuestro acero.

Cae el uno dentro del vestuario.

Uno. Ay de mí!

muerto soy. *Juan.* Y à mi de aqui
ausentarme me conviene.

Luis. Caballero, à mi tambien
me conviene el deteneros,
hablaros, y conoceros,
que en esta calle no es bien
que nos dexeis empeñados
à un notable desconcierto,
en poder de un hombre muerto.

Juan. Caballeros embozados,
si el advertir, si el mirar
à un hombre ya tan restado,
en vuestro necio cuidado
no ha merecido lugar,
dadmele por mi, pues no
os va nada en conocerme,
ò el lugar habré de hacerme
con aquesta espada yo;
que aunque fois dos, vive Dios,
que aqui no me dais cuidado;
que un hombre de bien restado
una vez, vale por dos.

Luis. Si restado en un teatro
sangriento el hombre de bien
importa por dos, tambien
los dos valdremos por quatro:
tambien estamos los dos
restados, tambien tenemos
los dos valor, y os habemos
de conocer, vive Dios.

Juan. Justicia debeis de ser,
que tanto esfuerzo habeis puesto
en conocerme: y supuesto
que ello, hidalgos, no ha de ser,
y que yo lo he de estorbar
como pueda, ya que aqui
no habeis de pensar de mi
que lo haré por escusar
la pendencia, sino solo
por guardarme, y encubrirme,

disponeos à seguirme,
que desde este al otro polo
mi aliento llegar desea,
si así me puedo encubrir;
que quien me ha visto reñir,
poco importa que me vea
correr, pues haciendo alarde
de valiente, y recatado,
verá que huye de alentado,
quien no huyera de cobarde.

Luis. Siguele, Guzman. *Guzm.* Ape
el viento podrá. *Luis.* Qué haren
en tan dudosos extremos
de desdichas, y de penas?

Guzm. Señor, si el riesgo miramos
que en esta calle tenemos
muerto un hombre, mal hacen
en estar en ella; vamos
à casa, pues lo que aqui
puede detenernos, es
saber quien es, y despues
ello se sabrá, que así
encubrirse no es posible;
y al fin seguros sabremos
lo que ahora no podemos
sin la evidencia infalible
de encontrarnos aqui (y mas
si amanece) alguien que oyó
que de tu casa salió
la pendencia. *Luis.* Tu me das
Guzman, el mejor consejo,
si mi pena, y rabia fiera
para admitirle estuviera.

Guzm. Al tiempo tus dudas dexo.

Luis. No me determino en esto,
porque en grande riesgo estoy,
si me quedo, y si me voy:
ay hermana, en qué me has puesto.

Sale Espinel.

Esp. Ya la calle sofegada
de la pendencia se ve,
ahora salir podré,
sin rezelarme de nada.

Guzm. Otro hombre solo ha salido

de casa. *Luis.* Ay rigor cruel!
Guzm. Qué hemos de hacer?
Luis. Saber dél lo que hemos pretendido:
 quien va? *Esp.* Si ese acero ya
 ocupado el paso tiene,
 pregunte quien se detiene,
 y no pregunte quien va:
 pues no va un hombre que aqui
 no tiene por donde pueda;
 y mas que se va, se queda.
Luis. Diga quien es. *Esp.* Eso sí,
 ahora que ha preguntado
 en forma, responderé
 quien fui, quien soy, y seré.
Luis. Decid presto. *Esp.* Soy criado
 de un honrado caballero
 Andaluz, y Granadino,
 que à la Corte à un pleito vino
 con mas amor, que dinero:
 este aqui gastando pasa
 la vida, y fue de su llama
 causa, señor, una dama,
 que vive en aquesta casa:
 hoy que en ella hemos entrado
 à acechar por una reja
 de ese patio, que no dexa
 mayor lugar el cuidado
 de un caballero, que es
 su hermano, un hombre se entró
 tras nosotros, que obligó,
 ò atrevido, ò descortes,
 à decir que, qué esperaba?
 El, ò galan, ò zeloso
 de la dama, muy brioso
 le respondió, que alli estaba,
 porque en el mundo no habria
 quien del puesto le quitase,
 estorbase, ò no estorbase.
 Entonces la bizarria
 de mi amo respondió
 con el acero; riñeron,
 y hasta la calle salieron:
 lo demas no lo ví yo,

porque entre el confuso ruido,
 entre el rigor impaciente,
 yo, como no soy valiente,
 me quedé en casa escondido;
 porque fuera cobardia
 reñir con quien solo estaba
 dos, y donde yo me hallaba,
 hubiese supercheria:
 esta es la tragica historia,
 y pues habreis entendido
 quien yo soy, seré, y he sido,
 aqui paz, y despues gloria.
Luis. Valgame el cielo! qué haré?
 mi duda en tus manos dexo,
Guzman. *Guzm.* Señor, mi consejo
 es ahora el que antes fue:
 retiremonos del daño,
 que aqui tan preciso ves,
 te iatisfarás despues,
 si como te desengaño,
 te pudiera consolar;
 pues si este hombre mas supiera,
 mas dixera. *Esp.* Sí dixera,
 mirad si hay que preguntar,
 que yo no me atrevo à ir
 sin licencia de los dcs.
Luis. Estoy por matar, por Dios,
 à este hombre. *Guzm.* Eso es decir
 quien eres, y mejor es
 no darte por entendido,
 sino cuerdo, y atrevido
 salir à todo despues.
Luis. El nombre al punto declara
 de tu amo. *Esp.* Eso al instante,
 que soy doncel de Clarante;
 llamase Don Juan de Lara.
Luis. No le conozco. *Esp.* Es favor
 del cielo, al mismo pluguiera
 que yo no le conociera;
 pero no me dais, señor,
 licencia? *Luis.* De mala gana.
Esp. Yo tan obediente soy,
 qué de muy buena me voy. *Vase.*
Luis. Ay honra mia! ay hermana!

mas tu acuerdo he de tomar,
à la fortuna dexemos
este suceso, y entremos
en casa à disimular
las penas, y los enojos,
haciendo à nuestros agravios
estrecha carcel los labios,
ultima linea los ojos.
Yo fingiré mis desvelos,
porque es un despertador
de las horas del amor
el hombre que pide zelos,
y así, en callar, y fingir
mas el valor se acrisola,
que zelos de la honra sola
una vez se han de pedir. *Vanse.*

Salen Doña Ana, y Ines.

Ines. Qué hermosa te has levantado!
esta vez sola, señora,
no hiciera falta la aurora,
quando en su cristal nevado
dormida hubiera quedado,
pues tu luz correr pudiera
la cortina lisonjera
al sol, siendo sumiller
de uno, y otro rosicler,
deidad de una, y otra esfera.
Bien el concepto español
dixera, viendote ahora.

Ana. Qué? *Ines.* Que en tus ojos, señora,
madrugaba el claro sol:
dixera, al ver tu arrebol,
quien à tu rigor se ofrece,
quien tus desdenes padece;

Don Luis. *Ana.* La lengua detén,
que eres la primera en quien
la alabanza desmerece.

Tu discurso, dando igual,
Ines, el gusto, y enfado,
fue caballo desbocado,
corrió bien, y paró mal.

Ines. No te precies de leal
tanto, porque no ofendió
à quien tu amor mereció

mi voz: qué muger se enfada
señora, de ser amada?

Ana. Yo sola, *Ines,* porque yo
temo en pensarlo, que ha sido
ofendido aqui el honor.

Ines. Las ceremonias de amor
ese escrupulo han tenido
en el pecho del marido,
pero en el galán no es justo,
que uno es honor, y otro es gusto,
y no advertir, es error,
lo que hay del gusto al honor.

Ana. Qué argumento tan injusto
ofender, *Ines,* no es bien
lo que ha de quererse, y piensa
que quien al gusto hace ofensa
se le hará al honor tambien,
que si en el alma se ven
gusto, y honor, quien provoca
su ofensa, atrevida, y loca
al alma ofende; y no es justo,
porque el agravio del gusto
tambien al alma le toca.

Yo (bien lo sabes) ya oí
à Don Diego, ya le amé,
eleccion, y fuerza fue;
fuerza, porque me rendí;
y eleccion, porque me ví
con sus prendas estimadas
gustosa; y así, me enfadas,
y es tiranía pensar
que hayan las damas de amar
al gusto de sus criadas.

Salen Doña Maria, y Juana.

Mar. Qué descuidada estarias
de tener, bella Doña Ana,
visita tan de mañana:
dése Dios muy buenos días.

Ana. Si tu los rayos envias
del dia al amanecer,
es fuerza que hayan de ser
muy buenos: dame los brazos

Mar. Serán nudos, serán lazos,
à quien no pueda romper

la muerte. *Ana.* Vén al estrado.

Mar. No, bien estamos aqui, fientate, porque de ti *Toman sillas.* vengo à fiar un cuidado tan grande, que me ha dexado con vida, porque no fuera gran cuidado el que pudiera darme à mí la muerte, pues la pena que mata, es la pena mas lisonjera.

Ana. Que es el rostro, oí decir, en el gusto, ò la passion, un papel del corazon, donde se suele escribir la pena; y si yo arguir puedo de ti alguna cosa, sin duda es pena dichosa la que tu pecho recibe, pues en tu rostro se escribe con jazmin, clavel, y rosa.

Mar. Ay amiga, muerta vengo, y solamente de ti me atrevo à fiar aqui un gran disgusto que tengo.

Ana. Ya para oir me prevengo: profigue. *Mar.* Conmigo lucha la verguenza, porque es mucha, y muchas las ansias mias.

Ana. Bien sabes de quien te fias; di, no temas. *Mar.* Pues escucha.

Yo, bellissima Doña Ana, que ya negarte no es bien secretos, que tantas veces à mi misma me negué.

Yo, no sé por donde empiece; pero qué importa? si sé por donde acabe (ay de mí!)

Yo ví, yo quise, yo amé; ya no tengo que dudar, ni tu tienes que saber, pues en que yo amé se cifran, por decirias de una vez, quantas desdichas pudiera repetir, y encarecer.

No fue la mayor de todas, con ser tan grande, el querer, sino las que se siguieron à la primera; porque nunca viene solo un mal, y así en el mundo se ve, que del mal que viene solo se debe dar parabien.

El favor que mereció de mí un caballero, fue dar licencia à ojos, y oidos, para oir, y para ver lo turbado de la voz, lo advertido de un papel.

Mirabale, pues, de dia, de noche le hablaba, pues, por una reja, à las horas que mi hermano, amante fiel de tu hermosura, rondaba tu calle; que ya lo sé todo, pues hasta esto debo agradecerte tambien.

Anoche, estando conmigo, sentimos, Doña Ana, que à la reja se acercaba con lento, y turbado pie un hombre, causó à los dos grande novedad, por ser dentro de casa la reja donde hablabamos; si bien, à mí me dió al corazon, que era un caballero, à quien (y fue la verdad) habia muchos años mi desden desengañado: Don Juan, en viendole, se fue à él.

Pocas razones se hablaron, que yo apenas escuché, quando al acero los dos de la causa hicieron juez; mira tu valido este, mira tu zeloso aquél, como los dos reñirian: y bien se dexa entender,

que con zelos, y favores dicen que se riñe bien. Salieron, pues, à la calle, donde (ay amiga! no sé como profiga) cayó muerto el uno; echa de ver, pues que yo quedé con vida, que el aborrecido fue: si bien, es fuerza que sienta el caso por mi, y por él, que al fin, le costó el quererme la vida, y no fuera ley humana, que hasta las aras le acompañase cruel. Vino mi hermano à este tiempo, lo que vió, yo no lo sé; lo que ha sospechado, sí, pues aunque se quiso hacer desentendido, me dió con acciones à entender su sentimiento, que agravios no se disimulan bien: con esto, apenas el dia empezaba à amanecer, quando vine à darte parte de mi desdicha, y tambien à fiar de ti mi alma, mi honor, mi vida, y mi sér: Lo que tu has de hacer por mi, lo que de ti quiero, es que con secreto me guardes estos papeles, que ven tus ojos, y este retrato, que no es bien que en mi poder esten prendas que descubran los extremos de mi fe; quando zeloso mi hermano dellos pudiera saber su agravio, porque hablan mucho una pluma, y un pincel: Secretario de mi amor tu pecho, amiga, ha de ser, archivo tu corazon, guardame secreto en él,

y no leas por tu vida, aunque en tu poder esten, los papeles que te doy, porque aunque discreto es su dueño, y una necesidad la da estimacion tal vez la ocasion en que se dice, y no es discreto un papel, sino en manos de su dueño; que quien desde afuera ve, como ignorante de amor, nada le parece bien.

Ana. Bien pudiera, amiga hermana tu pena en la condicion mas dura hacer impresion, por tuya, y por amorosa: mira lo que hará en un pecho que te quiere, y finalmente, que ya por tan propia siente tu desdicha, satisfecho de que perderá por fiel la vida, y alma por ti; mira que quieres de mi, mira lo que quieres dél: porque guardarte un retrato, dos papeles, y un secreto, son acciones, te prometo, à que el pecho mas ingrato no se pudiera negar, quanto mas, amiga, el mio, que sin razon, ni alvedrio, tan obediente ha de estar à tu gusto; y pues que sabes que esta es sencilla verdad, no fio la voluntad à juramentos mas graves: y dime, para que yo, sin temer, ni dudar nada, de todo quede informada, qué escandalo se causó en la calle, y qué se dice del muerto, y qué hicieron de

Mar. Aquel asombro cruel, aquel estrago infelice

De Don Pedro Calderon de la Barca.

en una filla llevaron
à su casa, y solo sé,
que la voz entonces fue
de que acafo le mataron
en la calle; sin que alguno
dixese como, ni quien,
que no se sabe. *Ana.* Está bien,
y ya el fracaso importuno
sucedido, dicha ha sido
no darte la culpa à ti,
y haberse callado así,
que de tu casa ha salido
la pendencia. *Mar.* En este estado
está mi pena hasta hoy;

y porque es tarde, me voy,
que no me dexa el cuidado,
que he traído, fosegar.

Ana. Pesame de que haya sido
cuidado el que te ha traído,
y con tanta causa, à honrar
mi casa; solo te pido
en noble satisfaccion
de la amistad, y aficion,
con que siempre te he servido,
me avises de quanto pase,
que ya ves como me dexas.

Mar. Mis lagrimas, y mis quejas
quiso amor que mitigase
à tus umbrales; y así,
à consolarme vendré
de todo à ellos. *Ana.* Ya sé

que me dexas prenda aqui,
que te traerá alguna vez,
porque estando el dueño ausente,
podrá el retrato. *Mar.* Detente,
porque hago al cielo juez,
que aunque le estimo, y le quiero,
y pudiera traerme, ya
tu amor, Doña Ana, será
el que me traiga primero. *Vanse.*

Ana. Ines? *Ines.* Señora? *Ana.* Has oido
todo lo que pasa? *Ines.* Sí,
y dudar eso de mi,
pregunta eicufada ha sido,

por dos razones. *Ana.* Y son?
Ines. La una, porque sirviendo,
era forzoso que viendo
à mi ama en conversacion,
yo me llegase à escuchar
lo que hablaba, que esta es
ley nuestra, porque despues
tuviese que murmurar.

Ana. Hablando quedo, decia
una dama, que llamaba
su criada (y no mentia),
que lo que mas quedo hablaba,
era lo que mas sentia.

Ines. Es la segunda razon
para haberlo yo sabido,
haber con Juana tenido
à parte conversacion;
y nosotras no tenemos
otra cosa de que hablar,
sino solo de contar
todo aquello que sabemos
de nuestras amas; y así,
por dos partes lo supiera,
pues Juana me lo dixera,
quando no lo oyera aqui.

Ana. Pues ya que todo lo sabes,
no miraremos, Ines,
quien aquel Adonis es,
que causa extremos tan graves
en condicion tan altiva?

Ines. El retrato lo dirá.

Ana. Tén los papeles allá.
Dale unos papeles, y ve el retrato.

Ines. Descubre esa imagen viva,
à quien pincel, y color
dan alma, para que aqui
sepa hablar: mas ay de mi!

Ana. Qué ha sido eso? *Ines.* Mi señor.

Ana. Tén, guarda el retrato luego.

Ines. Cobrate, que te has turbado.

Ana. No estoy en mi, tén cuidado.

Ines. Entre bobos anda el juego:
mas leyendo un papel viene,
no trae rezelo de nada.

Sale Don Bernardo leyendo un papel, y Espinel criado.

Ana. Parece que no le agrada lo que la letra contiene.

Bern. lee. *La vida me va el hablaros con secreto, y no me importa menos; esperadme en vuestra casa, y procurad estar solo en ella.* D. Juan de Lara.

Bern. En extraña confusión me ha dexado este papel: qué querrá decirme en él

Don Juan? que la prevencion, y la brevedad declara gran secreto, y gran cuidado: decidme vos, sois criado del señor Don Juan de Lara?

Pero no me respondais, hasta que solos estemos, porque temo los extremos que él escribe, y vos mostrais: Ana, tu estabas aqui?

Ana. Qué acabases de leer esperé, para saber de tu salud, y de ti.

Bern. Yo estoy bueno, véte ahora, porque me importa quedar solo, que tengo que hablar con este hidalgo. *Ines.* Ay señora, qué haré del retrato? *Ana.* Ines, esperar adentro un rato à mi padre, que el retrato va le veremos despues. *Vanf.*

Bern. Decidme ahora, soldado, sois criado de Don Juan?

Esp. Mis desdichas lo dirán.

Bern. Qué es esto que le ha pasado, que con tantas prevenciones me escribe? *Esp.* Yo no lo sé, porque à esas horas me hallé rezando mis devociones: anoche le sucedió allá no sé que desman.

Bern. Mocedades de Don Juan serian. *Esp.* Mas pienso yo

que vejeces. *Bern.* Fue de amor la causa? *Esp.* Si te confieso la verdad, amor fue. *Bern.* Y no es mocedad? *Esp.* No, señor, sino vejez. *Bern.* Qué pasó?

Esp. No lo sé, pero yo infiero que dió muerte à un caballero.

Bern. Qué decís? *Esp.* Lo que él con

Bern. Muerte à un caballero! *Esp.*

Bern. Y esta no fue mocedad?

Esp. Heregia es en verdad creer eso. *Bern.* Como así?

Esp. A Caín traigo por juez, la fe en la escritura advierte, que no es mocedad dar muerte sino la mayor vejez.

Bern. Qué gracias, señor, tan frídexadlas ya, porque son, para quien habla en razon, necias las bufoneras; y decidme, donde queda Don Juan?

Esp. En San Sebastia espera un coche Don Juan de un amigo, donde pueda venir acá, que no quiso, porque no os canséis, por Dios que fuesedes allá vos; y así, criado de aviso vine yo. *Bern.* Pues vamos presto que no quiero que de allí falga, y suceda por mi un disgusto. *Esp.* Ya es en esta diligencia escusada, que Don Juan del coche sale.

Sale Don Juan.

Juan. Besoos la mano, señor, Don Bernardo. *Bern.* Dios os guarde señor Don Juan. *Juan.* Novedades os habrá hecho muy grande el papel, y la visita.

Bern. Estilo extraño, y languages pero dispuesto à serviros con mi hacienda, con mi sangre con mi honor, y con mi vida.

Juan.

De Don Pedro Calderon de la Barca.

Don. Tomad filla, y escuchadme:
Ya sabeis el amistad *Sientanse.*
que profesais con mi padre,
señor Don Bernardo, y ya
sabeis que es fuerza ampararme,
por él, por vos, y por mi,
en qualquier desdicha, ò trance
que me suceda: por él,
por las grandes amistades
que los dos teneis cursadas
en las escuelas de Marte,
donde à ser buenos amigos
aprenden los que las saben:
por mi, porque hoy en la Corte
no tengo en mi amparo à nadie:
por vos, porque sois quien sois,
y es fuerza que pechos tales
amparen, y favorezcan
à quien humilde se vale
de su favor; y asentado
que habeis, señor, de ayudarme,
por él, por vos, y por mi,
voy con el caso adelante.
Anoche, por no cansaros,
con ocasiones bien grandes,
à las puertas de una dama
principal, ilustre, y grave,
à un caballero, señor,
di la muerte en una calle;
deste suceso no sé
si se ignora, ò si se sabe
el agresor; y así, estoy
en este caso cobarde,
porque hay criados, que fueron
de mi amor participantes:
Si me estoy en mi posada,
es muy posible buscarme,
hallarme en ella, y prenderme:
si pretendo que me guarde
Iglesia, ò Embaxador,
es darme luego por parte,
y culparme yo à mi mismo;
y así, quisiera à una parte,
ni publico, ni secreto,

unos dias retirarme:
con esto, estaré à la mira,
seguro, que no me hallen,
si me buscan; y si no
me buscan, aventurarse
puede poco en esconderme:
que aunque pudiera indicarme
la fuga, no es en la Corte
caso posible, ni facil
à un forastero echar menos:
no tengo de quien fiarme,
sino de vos, ved ahora
donde podré estar; y amparen
vuestros años à un rendido
huesped que de vos se vale;
amigo, criado, y esclavo,
que llega à vuestros umbralas,
que en vuestras manos se pone,
y que à vuestras plantas yace.
Bern. Vos discurreis tan bien
à riesgos, y hostilidades,
que à mi discurso, Don Juan,
poco, ò nada le dexasteis
que hacer por vos; bien decis,
pues estando en una parte
retirado, podré yo
secretamente informarme
de todo lo que se dice,
ò se imagina, ò se sabe;
y conforme esto, veremos
lo que convenga; y pues tales
discursos no me dexa on
lugar à mi de mostrarme
en esta parte advertido,
liberal en esta parte,
quiero hacer algo por vos;
y así, en tanto que ahora pase
la furia, ha de ser mi casa,
Don Juan, la que os tenga, y guarde:
no teneis que disculparos,
que fuera necio desayre
venir à mi por consejo,
y volveros sin tomarle.

Juan. Dadme mil veces los brazos.

B

Bern.

Bern. Solo ahora falta (escuchadme) que los criados que os vieron ahora entrar, se defengañen de que os volveis; y así, es el desvelo importante: despedid ese cochero, demos la vuelta à otra calle, y entraremos fin que os vean.

Juan. Para todo es bien que halle favor el que en vos le busca. *Vase.*

Bern. Ya os sigo, salid delante:

Ana? *Sale Doña Ana.*

Ana. Señor? *Bern.* Ese quarto baxo, que à esta quadra sale, se aderece, que tenemos huésped. A Dios. *Ana.* El te guarde.

Sale Ines.

Ines. Se fue señor? *Ana.* Ya se fue.

Ines. Puesto que solas estamos, este retrato veamos de aquel Adonis, porque muero por verle. *Ana.* Y en eso qué te va? *Ines.* Graciosa estás, saber una cosa mas, que contar despues. *Ana.* Confieso, que es curiosidad que à mi me ha movido: muestra, pues, aquele retrato. *Ines.* Este es. *Ruido.*

Ana. Mas mira quien anda alli.

Ines. Ay señora! *Ana.* Qué? *In.* D. Diego, que como à tu padre vió salir fuera, en casa entró.

Ana. Ahora à mas penas llevo, pues de verme à mi con él, gran disgusto me prometo, ò he de romper el secreto: lance será mas cruel, si le ve, que si le viera mi padre. *Ines.* Aun bien que sabemos la escapatoria. *Ana.* Qué haremos?

In. Lo mismo que antes. *Ana.* Espera, que ahora yo le esconderé: mas ay! *Ines.* Qué fue?

Ana. Cayó al suelo, *Caesele.*

si le alzo, daré rezelo.

Ines. Pondréle yo encima el pi

Ana. Pue no te apartes de ahí.

Ines. El pisarle no dilato.

Ana. Valgate Dios por retrato.

Sale Don Diego.

Dieg. Luego que à tu padre vi

Ana hermosa, me atreví

à entrar à verte, y no ha

poco, pues me ha sucedido

una desdicha tan fuerte,

que à mi primo han dado m

ya verás si lo he sentido.

Pero como me recibes

tan cruel? qué novedad

divierte tu voluntad?

ò por qué enojada vives?

que en tu rostro hermoso esc

penas, y enojos; turbada

estás, al color negada

de tus mexillas: qué ha sido

qué tienes? qué ha sucedido?

Ana. Engañaste, porque nada

me suspende, ni divierte:

qué novedad es en mi

turbarme de verte aqui?

con el riesgo que se advierte,

si mi padre. *Dieg.* De otra fue

Doña Ana, me recibias

otras veces, y tenias

el mismo riesgo que ahora:

ò como el alma no ignora.

Ana. Profigue. *Dieg.* Desdichas m

Ana. Qué ves tu de que lo arguya

Dieg. La lengua aqui pronunció

desdichas mias, por no

decir. *An.* Qué? *Die.* Mudanzas tuy

y para que al fin concluyas

de una vez en darme muerte,

quedate con Dios, y advierte

que en sentimiento tan justo,

para no verte con gusto,

tengo por mejor no verte.

Ana. Así, Don Diego, te va?

espera. *Dieg.* O me tengo de ir, Doña Ana, ò me has de decir, de qué tan turbada estás? que en tu semblante me das muestras de gran sentimiento. *Ines.* Yo te lo diré, oye atento. *Ana.* Qué has de decirle, si aquí no hay nada? *Ines.* Fia de mi, que hablarle verdad intento: está triste mi señora, y es muy justa su querella. *Dieg.* Calla, Ines, el labio sella: ya que mi vida no ignora que has tenido causa ahora de estar triste, di, qué es? retirate tu allá, Ines, y dirásme luego à mi esa ocasion, porque así, si no conforman despues los dos dichos, sabré yo que me tratas con engaño: para ver un desengaño, esta industria me enseñó la justicia. *Ana.* Pues llegó à ese examen tu cuidado, retirate aqui à este lado, y diréte lo que ha sido: oyes, Ines? *Ines.* Ya he entendido. *Lleva à Don Diego hácia delante, y hace señas à Ines.* *Dieg.* Qué la dices? *Ana.* Yo la he hablado? porque no pienses de mi eso, antes digo que quando contigo esté à parte hablando, no se quite ella de allí: clavada has de estar ahí, *Ines.* *Ponese Ines sobre el retrato.* *Dieg.* Pues dime en secreto, quien ocasionó este efeto de tu tristeza? *Ana.* Aqui ha sido un enfado que he tenido con mi padre, y te prometo, que porque son niñerías

caferas, he resistido el que tu lo hayas sabido, porque fueran boberias contarte à ti demasias del que à ser viejo llegó, si se gastó, ò no gastó, cosa que, si en casa pasa, es buena dentro de casa, mas para contada no. *Aparta à Doña Ana, y llama à Ines.* *Dieg.* Ya tu has dicho: Ines? *Ines.* No puedo dar paso adelante yo: mi señora me mandó que me estuviese à pie quedo, tengo à sus preceptos miedo; de aqui no me he de quitar, como Tudesco he de estar resistiendo yelo, y fuego; lleguese el señor Don Diego, si tiene que preguntar. *Ana.* Véte. *Ines.* Quieres tu? *An.* Pues no? y si sospecha tuviste, donde Ines estaba (ay triste!) me quedaré ahora yo: habla allá. *Dieg.* Quien causó la tristeza de Doña Ana? *Ines.* Qué le diré! esta mañana. *Vuelve Doña Ana al puesto de Ines, quiere coger el retrato, y velo D. Diego.* *Ana.* O si yo coger pudiera. el papel, sin que me viera. *Dieg.* Aguarda, que no fue vana mi sospecha; qué papel es este que está en el suelo? *Ines.* Papel? *Dieg.* Sí. *Ana.* Valgame el cielo? qué sospecha tan cruel! *Dieg.* Pero si saberlo dél puedo, por qué à dudar llego? *Ines.* Dimos con todo en el fuego. *Ana.* Temor, el alma me robas. *Ines.* Pareceme que entre bobas anduvo esta vez el juego.

Dieg. Retrato es, y dice así
el papel en que está envuelto:
Enviándole à su dama,
con un retrato, soneto.

Quando sutil pincel me repetía,
yo en vos, hermoso dueño, imaginaba;
y tanto en vos mi amor me trans-
formaba,

q̄ en vos el alma mas, q̄ en mi vivía.

Y así, quando volver quiso à la mía,
ya en dos mitades dividida estaba,
y ella entre dos semblantes ignoraba
à qual de aquellos dos asistía.

Así el retrato, à quien el alma nuestro
(partiendo mi amante desvario)
por parecerse mio, va à ser vuestro;

Y por ser vuestro, ya parece mio:
porq̄ el pincel le iluminó tan diestro,
que retrató tambien el alvedrio,

El castellano epigrama

es docto, elegante, y cuerdo,

y de conceptos, y voces

florido, elegante, y cre'po.

Abrió con llave de plata,

para cerrar el concepto

con llave de oro; advertido,

guardó rigor, y precepto

en retrato, y en papel;

iguales se compitieron

pincel, y pluma; retrata

el pincel gala en el cuerpo,

brio, y perfeccion; la pluma

pinta en el alma el ingenio.

Tomad soneto, y retrato,

y gozeisle, ruego al cielo,

en vida del nuevo amante,

por muchos años, y buenos;

y à Dios, que las quejas fueran

buenas sobre amor, y zelos;

pero sobre agravios no,

y estos son agravios ciertos.

Ana. Ha dicho vuestra merced?

pues escuche ahora atento,

diré yo. *Dieg.* Qué has de decir?

Ana. Mis disculpas, con que
satisfacerte. *Dieg.* Podrás
poco, ò mal; y así, no quise
escuchar satisfacciones,

que me maten. *Ana.* Yo me acuerdo
de que otra vez me dixiste,
Don Diego, en un caso de
dame una satisfaccion,

que aunque sepa yo de cierto
que es mentira, la creeré,
engañandome à mi mesmo,
porque te disculpes tu.

Dieg. Es verdad, yo lo confieso,
mas sabes tu lo que va
desde sospechas de zelos
à evidencias?

Ana. Quales son

Dieg. Turbarte tu, lo primero;
engañarme, lo segundo;
hallar el retrato puesto

à tus pies, que aunque pintado
te reconoció por dueño.

Ana. Turbarme yo no fue culpa.

Dieg. Pues qué pudo ser?

Ana. Responde

que debes agradecerme;

ponerle à mis pies, trofeo
de tu amor, pues porque entraba
hice dél tanto desprecio.

Dieg. A todo has de hallar razones
yo me rindo, y desde luego,
si quieres satisfacerme,

me daré por satisfecho,

à truco de que me dexes

ir. *Ana.* Pues oye, y véte luego.

Dieg. Qué querrás decirme? que el
retrato es de un caballero,
que vino à ver à tu padre,

que se le cayó en el suelo:

querrás decirme que ha sido

un tratado casamiento,

y que tu padre le traxo,

quizá porque es forastero:

querrás decirme que fue

de una amiga, que por miedo

de su padre, ò su marido,

te le tráxo à ti en secreto.

Qual destas cosas eliges por disculpa? dila presto, que porque me dexes ir, la que tu escogieres creo: quieres mas? *Ana.* No quiero mas, que ya solamente quiero que te vayas. *Dieg.* Qué me vayas!

Ana. Que te vayas, pues fue cierto que si te detuve, fue, por decirte de secreto la verdad, ya tu la sabes, una es de las que has propuesto; y así, ni tu que saber, ni yo que decirte tengo.

Dieg. Ya que yo he dado las armas, Doña Ana, contra mi mesmo, sola una cosa te pido, y es. *Ana.* No temas, dila presto.

Dieg. Que pues tienes tres disculpas en que escoger, y yo creo que es lo mismo una que otra, que elijas el casamiento, que es de los tres menor mal.

Ana. Pues no fuera mas mal, siendo el galan que le perdió?

Dieg. No, porque es claro argumento, que una muger principal nunca dixo galan tengo, y tengo marido sí; con que son mayores zelos de marido, quanto va de ser dudoso à ser cierto; pues aquesto es sospechoso, y esotro fuera saberlo.

Ana. Pues ni zelos de marido, ni de galan son, ni fueron, que una amiga me le dió.

Dieg. Tomaste el mejor consejo.

Ana. Sí, que es decir la verdad.

Dieg. Pues dime qual es, supuesto que ya lo sé. *Ana.* Es imposible.

Dieg. Por qué? *An.* Importame el secreto.

Dieg. Importa mas que mi vida?

Ana. Baste decir que no puedo decirlo. *Dieg.* No es grande amor, amor que guarda silencio.

Ana. Importan honras, y vidas los secretos. *Dieg.* Yo lo creo, mas honras, y vidas saben aventurarse queriendo.

Ana. Las propias sí. *Dieg.* Y es agena la mia? *Ana.* No, mas por eso te defengañé. *Dieg.* No hicieras, si yo no diera el remedio: ù dime, quien es la amiga, ò no lo creeré. *Ana.* No puedo.

Dieg. Muger eres, poco importa que descubras un secreto; no aspire, Doña Ana, à ser el prodigio destes tiempos.

Ana. Quien fue prodigio de amor, sabrá serlo del silencio.

Dieg. No quiere la que à su amante no descubre todo el pecho.

Ana. No es noble quien le descubre, quando va una vida en ello.

Dieg. En fin, no lo has de decir?

Ana. No. *Dieg.* Pues en nada te creo.

Ana. Valgate Dios por retrato, en qué confusion me has puesto!

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Bernardo, y Doña Ana.

Bern. No lo he podido escusar, y hospedarle me conviene.

Ana. Un hombre que en casa tiene una hija por casar, bien escusarse pudiera à huesped que es tan galan.

Bern. Tengo al padre de Don Juan obligaciones, y fuera el hombre de mas vil trato del mundo, si lo negára yo, y en su ausencia faltára à honras, y deudas ingrato; acuerdome que le debo

la vida, un traidor cruel
me mata, sino es por él,
mira si en vano me muevo.

Sale Don Juan.

Juan. De mi aposento salí
con animo de llegar
à vuestros pies à pagar
la merced que recibí,
con razones solamente,
que con obras no podré,
y en mirandoos, me turbé:
confieso que dignamente,
porque al dar satisfaccion
de dicha, y merced tan alta,
falta voz à la voz, falta
à la razon la razon;
y ya que gracias no puedo
dar, daré quejas de vos,
señores, pues de los dos
con causa ofendido quedo,
pues al temor que me indicia,
huyo persona, y hacienda,
que la justicia me prenda;
y entrambos, sin ser justicia,
me prendéis, y no es, sospecho,
sino verdad lo que veis,
pues hoy los dos me poneis
en obligacion, que el pecho
satisfacer no pudiera,
si con la vida pagára;
y esta à pagar no llegára
con mil vidas que tuviera.

Bern. Señor Don Juan, cumplimientos
de ociosas urbanidades
ofenden las amistades
sencillas, sin fingimientos.
Esta es vuestra casa, en ella
os servirán, no la hagais
prision, pues tan libre estais,
que teneis las llaves della.

Ana. No, señor, no digas tal,
dexa que en esta ocasion
haga la casa prision,
pues le va en ella tan mal;

muy bien se lo ha parecido,
razon debe de tener,
pues que prision viene à ser
donde está tan mal servido.

Juan. Que es prision, yo lo confieso
otra vez, y con razon,
donde vive el corazon,
y el entendimiento preso.

Bern. Bien es que yo entre los dos
ponga paz. *Juan.* Y yo la pido,
que me confieso rendido:

Espinel? *Sale Espinel.*

Esp. Gracias à Dios,
señor, que he llegado à verte
con vida. *Juan.* Qué ha sucedido

Esp. Todo el caso se ha sabido.

Juan. De qué suerte? *Esp.* Desta suerte
Para coger los caminos,
y saber lo que pasó,
de aquella calle prendió
la justicia à los vecinos.

No faltó quien con verdad
diese el punto al desengaño;
ò bien haya un ermitaño,
que vive sin vecindad.

Y aquesta noche pasada
la justicia nos rondó
la posada, al fin entró
en ella de mano armada;
preguntó por tu aposento,
y diciendole que habias
faltado dél muchos dias,
le mandó abrir al momento:
y viendo que era un estrago,
la ropa desenvolvieron
muy corridos, porque dieron,
como dicen, golpe en vago.

Bern. Esperadme, que yo iré
à informarme con buen modo
en la provincia de todo,
que yo sé que lo sabré.
Tu no te salgas de aqui,
Espinel, que fuera error:
preso como tu señor

has de estar, porque si alli hoy te hubieran conocido, buen descuido habiamos hecho, confiando de tu pecho lo que callar se ha querido: esta es la hora que ya te hubieran dado tormento.

Esp. Tormento à mi? lindo cuento!

Bern. Pues no? *Esp.* El tormento se da à hombrecillos de nonada, porque à mi, aunque me cogieran, sé bien que no me le dieran.

Bern. Por qué? *Esp.* Es cosa averiguada, no tienes que preguntarme.

Bern. Eres hidalgo? *Esp.* Sí soy, mas sin esa causa hoy sé yo otra, para librarme, mejor. *Bern.* Qual es? *Esp.* Yo la sé, y baste decir que à mi no me le dieran. *Bern.* Así?

eso sabes? *Esp.* Sí. *Bern.* Por qué?

Esp. Pues tanto aprietas, lo digo: confesára yo al momento, y no me dieran tormento.

Bern. Buen criado, y buen amigo.

Esp. No hay amigo, ni criado, que en llegandome à doler, vive Dios, que han de saber Papa, y Rey quanto ha pasado.

Juan. No hagais caso desto vos, que si en la ocasion se viera, diferentemente hiciera.

Esp. No hiciera tal, vive Dios.

Bern. Ahora bien, quedad aqui, en tanto que mi cuidado vuelve de todo informado. *Vase.*

Ana. Mucho me pesa que así esta posada os reciba, y halleis lo primero en ella tal pesar. *Juan.* Doña Ana bella, antes fue bien que aqui viva tan vecino del consuelo, pues en esta casa he hallado à mis desdichas sagrado.

Ana. Guardeos Dios.

Juan. Guardeos el cielo.

Esp. Pues así la dexas ir?

Juan. Qué he de hacer?

Esp. Qué? detenella,

enamorarla, y con ella engañar, y divertir el retiro, y la prision.

Desconsolado viviera en ella yo, si no hubiera mugeril conversacion:

donde hay muger, no hay pesar.

Juan. Sí, pero no echas de ver que esta muger no es muger.

Esp. Yo no, si à considerar me pongo su talle, y cara: vuelve, y echarás de ver, que es muger, y muy muger.

Juan. Espinel, mira, y repara en que es muger en quien vive de un grande amigo el honor, que me ofrece su favor, que en su casa me recibe, que sus espaldas me fia, que su hacienda no me niega, que sus secretos me entrega, que su opinion me confia; conocerás luego aqui, que esta muger no es muger, pues que nunca lo ha de ser, à lo menos, para mi.

Esp. Aun bien, que en leyes de honor no llegan à los criados titulillos tan honrados, y podrán tener amor en la casa del Sofi, del Perfa, y del Preste-Juan.

Juan. No podrán. *Esp.* No?

Juan. No podrán, y por Dios, que si de ti que miras en casa, sé, una esclava, que te mate.

Esp. Fuera grande disparate; pero no la miraré,

si es eso quanto procuras,
pues puedo, sin ofenderte,
enamorar. *Juan.* De qué fuerte?
dilo. *Esp.* Enamorando à obscuras:
mochuelo seré de amor.

Juan Mi amistad sirva de exemplo,
que esta casa ha de ser templo
de las aras del honor.

Esp. Si ese decoro tuviera
Gonzalo Bustos de Lara
en su prision, quanto errára!
pues Arlaja no le oyera;
no oyendole, no se hallára,
si mejor se considera,
preñada la mora arriera;
no estandolo, no llegára
à parir; y no pariendo
la enamorada morilla,
no naciera Mudarrilla,
y su illustre sangre entiendo
que por vengar se quedára;
no vengandose tambien,
no hubiera en el mundo quien
à Rui Velazquez matára;
no matandole, viviera
con vida, y alma traidora
aquel bellaco; así allora
mira tu qué bueno fuera:
atrevetè tu tambien,
galantea en lance igual,
que tal vez un grande mal
viene por un grande bien.

Juan. Hoy de la opinion te sales
de todos, no digas tal,
porque un mal fiero, y fatal
es nuncio de muchos males;
y así, no llego à sentir
tan rendido à mi destino
el mal, Espinel, que vino.

Esp. Pues, qual?

Juan. El que ha de venir. *Vanse.*

Sale Don Diego.

Dieg. Amante que ha de volver
con mas sentimiento, y quejas,

à pedir satisfacciones,
para qué se va sin ellas?
Para qué, quien ha de verse
humilde, tiene soberbia?
quien ha de buscar, se esconde?
quien ha de rogar, desprecia?
y al fin, al fin, para qué
quien ha de volver, se ausenta?
Para qué en estos umbrales
juré con lagrimas tiernas
de no volver à pisarlos,
si apenas lo dixè, apenas
lo pronuncié, quando al punto
el juramento quisiera
quebrantar? Y es la verdad,
pues al tiempo que la lengua
dice que no ha de volver
à esta calle, y à estas rejas,
sin saber quien me ha traído,
me vuelvo à mirar en ellas.

Con qué ocasion entraré
à hablarla, porque no vea
en mi tanto rendimiento?
Diré que vengo à dar quejas
de que: Pero no, que amante
que llega à quejarse, muestra
sentimientos. Pues diré
no mas de que vengo à verla?
Sí, que en hombres como yo,
y en mugeres de sus prendas,
la correspondencia es bien
que viva, aunque el gusto muera
pero es achaque à lo antiguo,
que nadie hay ya que no sepa
las amistades que tienen
en pie las correspondencias.
Mas ella viene, yo quiero
hablarla aqui, sin que entienda
(ocasion me da el retrato)
que siento tanto su ausencia:
corazon, esto se llama
facar fuerzas de flaqueza.

Retirase à un lado, y sale Doña Ana, è Ines.

Ines. Digo que Don Diego entró

en

Salen por la izquierda, During, y Rosén.

Ros. Allí está.

Dur. Bien: vete luego. vase.

Fabricio, qué ocurre? Fabr. Cosas bien increíbles por cierto.

Mi amo Daerts ha querido matar con su propio azero à su hija. Dur. Oh Dios! A Cristina?

Fabr. Si Señor. En el momento que salisteis, la intimó que sería de su ciego fuor victima infelice, si no se resolvía luego el dar la mano á Kersón.

Dur. Desgraciada joven! Fabr. Pero Cristina que os ama á vos con el mas seacillo extremo, presentó á aquel irritado padre, su inocente pecho, con increíble firmeza, protestando que primero queria morir, que dar la mano á Kersón. Con esto Daerts mas enfurecido, arrancó un puñal, y ciego iba á mancharle en su sangre, quando yo á morir resuelto en su defensa, abrazado de él, di suficiente tiempo á Eliseta, para que pusiera en salvo el objeto de su colera. Dur. De horror me has llenado. Fabr. Quise luego, llevado de mi dolor, disculparla, y defenderos à vos, afeandole con mi caracter ingenuo la eleccion que hacia. Mas él, enojado de nuevo conmigo, me despidió de su casa. Dur. Poco cuerdo, aunque muy honrado, haveis

procedido vos en eso. Y os salisteis yá. Fabr. No, pues forzandome á que primero le diese yo una razon de lo que en todo este tiempo he suplido en casa, fué fuerza decirle:: Dur. Mal hecho.

Fabr. Que vos: - Dur. No lo repitais

Fabr. Lexos de estimarlo, y lexos de terminar el rencor que os profesa, de impropiedades me llenó, mandandome que supiera en el momento el total de lo que os deve para embiaroslo luego.

Dur. Mas que su desaire, vuestra falta de sigilo siento.

Fabr. Perdonad:: Dur. No volveré à fiaros un secreto.

En fin, si perdeis la casa de Daerts, un aposento, una racion, y un salario tengo de mas, y de menos un fiel Mayordomo aunque no sepa callar. Fabr. Yo creo que en obsequio del honor de During, devia hacerlo.

Sale Rosén. El criado de Valberg os ha traído este pliego.

Dur. Se fué? abriendole.

Ros. No Señor.

Lee Dur. Comunico à usted la agradable noticia de que por sentencia definitiva, le declaran los Jueces dueño legitimo de los Mayorazgos cuyo derecho litigava. Por ella mandan à Daerts, reintegre à usted el total de los caídos, que por decreto de 11. de Enero del año anterior se mandaron depositar à satisfaccion de usted, y lo quedaron por su convenio en el dicho Daerts: intimando un pro-

fundo silencio à él, y sus sucesores, à cerca de esta demanda: reciba usted el parabien de mi afecto = &c.

Vé, y dale esta caja de oro, y estos escudos al portador.

Ros. Perdonadme si el afecto de buen criado, me obliga á preguntaros si el pleyto se ha sentenciado á favor vuestro. *Dur.* Si.

Ros. Gracias al Cielo. *vase.*

Fabr. Mucho temo que á Daerts hoy conduzca su despecho á alguna temeridad.

Dur. Volveis allá? **Fab.** Si el obsequio me haceis vos de darme:-

Dur Quanto?

Fabr. Una razon del dinero que me fuisteis entregando, iré; sino, no me atrevo á volver á su presencia y mas si es que ya le dieron tan infausta nueva. *Dur.* Bien.

Que será acertado pienso *sientase à escribir.*

el embiarsela yo con dos letras. **Fabr.** Vaya, esto es que quiere perdonarle dicha cantidad. *Dur.* Obremos, **During,** no segun merece; *sierra la carta con obléa, y se levanta.*

pero si segun devemos.

Fabr. A qué vendria Kersón á esta casa? Yo no puedo olvidarlo. *Dur.* Y bien, dareis esta á Daerts? **Fabr.** Al momento

Dur. Y á su hija direis, que no la escribo, por que no quiero que un descuido suyo, y una indiscrecion mia, en riesgo

vuelvan á poner su vida; pero que hablarla deseo: que si acaso sin peligro suyo, puede disponerlo lo haga; pero vos decidla que importa que sea luego.

Fabr. Asi lo haré. Qué virtud!

Dur. Oís; que el aviso espero.

Fabr. Está bien. *Dur.* Oís. **Fab.** Señor

Dur. Por que por honrado os tengo, por que es de amor, por que es mi y para dama que quiero, el recado que llevais, á pagaros no me atrevo la fineza: estais? **A Dios.**

Fabr. Lo hago por que devo hacerle mas no lo haria tal vez; perdonad:-

Dur. Bien. Ya os entiendo.

Finezas de aquesta especie dan poco honor al sugeto *vase* que las hace, si recibe por su trabajo algun premio...

Ola. Sale Rosén. Señor?

Dur. A salir

voy. **Ros.** Está bien. *vase.*

Dur. Mucho quiero á Cristina, para no sacrificar en obsequio de su bien, y mi ventura mis justos rasentimientos.

Sale Ros. Voy yo?

saca la espada, y sombrero
During.

Dur. No: esta con cuydado: si viene Fabricio luego veme á buscar á Palacio con la berlina. **Ros.** Bien.

Dur. Demos

á mi bien la ultima prueba de lo que su mano aprecio. *vase.*

Salon largo; salen Cristina, y Eliseta: à la izquierda.

Cris.

Cris. Kersón dices que está aquí?

Elis. Ahora ha ido Fief allá dentro á dar á mi amo el recado.

Cris. Pues Eliseta, al momento que salga mi padre, dile á Kersón, que hablarle quiero, y avisame. *Elis.* Andais buscando tres pies al gato, en? Pues ello:-

Cris. Esto es preciso, Eliseta.

Elis. Advertid que gasta el viejo malas pulgas, y que: - no, en seis semanas no vuelvo yo del susto.

Cris. Haz lo que he dicho, que provar quiero este medio segura que ser no puede mi destino mas adverso. *vase.*

Elis. Qué no? Chasco! Dios me libre que Herodes toque á deguello.

Salen Kers. Eliseta, y tu ama?

Elis. Ahora allá en su quarto la dexo hartandose de llorar.

Kers. Picaro gusto por cierto.

Vé, y dila que estoy aquí, por que tenga ese consuelo.

Elis. Ya lo sabe. *Kers.* Y no se alegra?

Elis. Al contrario. Yo recelo que si supiera que estabais en Argel, llorara menos.

Kers. Tanto me quiere?

Elis. Como á un dolor de muelas. *Kers.* Mira, eso tiene adelantado ya para quando nos casemos.

Elis. Señores, este hombre es muy tonto, ó yo no lo entiendo. Como desde niña trata á Daring, con pensamiento de ser su esposa, y le quiere tan firme, y con tanto extremo, no es extraño que no pueda ver á vos. *Kers.* No; ni por eso

me pica yo, pues sé bien que ese amor cesará luego que llegue á ser mi esposa.

Elis. Bien puede ser; pero creo que á vos no os verá con gusto jamás. *Kers.* Es tan comun eso entre casados, que no vendrá á darseme dos bledos.

Elis. Vaya, ni rayo de honra *ap.* tiene. Con qué el ver un gesto siempre en ella tan alegre como una noche de truenos no os dará cuidado? *Kers.* No.

Elis. Ni el que os hable en todos tiempos.

con el modito, y dulzura, donaire, chiste, y gracejo, que podeis esperar de una muger que no puede veros, tampoco. *Kers.* Tampoco, pues yo soy muy prudente, y veo que se la deven suplir aquestos, y otros defectos á una muchacha bonita, y con tan gentiles pesos de dote. *Elis.* Eso está por ver, pues si el padre pierde el pleyto:-

Kers. Entonces la mete Monja, y se liberta con eso de los gastos de la boda, y de que le lioren nietos.

Elis. Habrá bribon! y que no haya *ap.* un tabardillo para estos!

Salen Daer. Perdonad, Kersón, que estaba algo ocupado allá dentro.

Kers. Supongo que será mia mañana Cristina? *Daer.* Al menos asi lo he determinado.

Elis. No lo permitan los Cielos. *ap.*

Daer. Vete, Eliseta. *Elis.* Si haré; mas será á quedar de acecho. *vase.*

Daer. Para cuyo efecto, una

fineza de vos espero.

Kers. Contad con ella. *Daer.* Pues esta se reduce, á que en dinero efectivo, me prestéis dos mil florines que devo á During. *Kers.* El caso es que no me encuentro con ellos.

Elis. al pañ. A buen arbol se arrimaba.

Daer. Mas confio desde luego que los buscareis? *Kers.* En dondè? Si yo ni un amigo tengo.

Daer. No teneis alhajas? *Kers.* Si: mas todas las que conservo, hacen falta á la decencia

y obstentacion con que devo mantenerme. *Sale Fabr.* Aqui teneis la razon: - *Da.* Y á qué mal tiempo!

Fabr. Qué pedisteis. *Daer.* No esperaba tal de *Kersón*, lo confieso, y á no estar comprometido

ya con él, su poco seso, y este desaire, me hicieran mudar hoy de pensamiento

Kers. No es nada: dos mil florines, y el dote en ciernes.

Elis. Qué pliego será el que le dió Fabricio.

Lee Daerts. Recibí de Jorge Daerts el total de los cálcos pertenecientes al tiempo que ilegítimamente poseyó los Mayorazgos que el Parlamento ha declarado por míos, y que de orden suya, y combenio mio, quedaron depositados en dicho Daerts: y para que conste, lo firmo yo = Carlos During.

Vive el Cielo que esto es insultarme ya During, con sobrado exceso.

Kers. Cómo? *Daer.* Embiandome aqui recibo de lo que devò entregarle, en caso que salga á su favorel pleyto.

Fabr. Oh alma grande!

Kers. Y era mucho á lo que ascendía? *Daer.* A cien y cinquenta mil escudos.

Elis. Habrá demonio del viejo y aún dice que es insultarle.

Kers. Ahora tengo por mas cierto: -

Daer. Qué?

Kers. Que el pleyto habeis ganado; por que si no, yo no creo que anduviese tan galante During con vos.

Fabr. Quán diverso es su caracter del tuyo!

Elis. Y que sin embargo de esto no caiga mi amo de su asno.

Daer. En fin, vos no teneis medio de buscar la cantidad que os pido?

Kers. Creed que lo siento; pero no le hallo: á bien que dentro de una hora el pleyto tendreis ganado, y entonces no habreis menester valeros de nadie. *Daer.* No, yo, *Kersón*, le buscaré, que no quiero dever finezas, á quien tan de veras aborrezco. Tú dile que asi su falsa generosidad aprecio.

rasga el papel y vase.

Fabr. Qué obstinacion! *Elis.* Quién te diera con una maza en los sesos.

Kers. Eso si que es proceder con grandeza.

Elis. Aqui un momento esperad, que mi ama tiene que deciros.

Kers. Esto es hecho: como ha olido quemañna vá á ser mia, se ha resuelto á animarme desde ahora.

Fabr.

Fabr. Ya à Cristina hablar no puedo hasta que Kersón se vaya.

Kers. Con que vaya, sin rodeos, Fabricio, quanto ha valido el soplo? *Fab.* Yo no os entiendo.

Kers. Qué quanto os dió por la nueva During? *Fa.* Ahora entiendo menos.

Kers. Vamos, picaron que bien os valdria el porte. *Fab.* Quedo,

Señor Kersón, que no gusto de chanzas que mi concepto amancillen. *Kers.* Pues acaso

que vos lleveis en secreto un recado, ò un villete

de Cristina, para el serio

During, y que si os lo dá

recibais vos unos pesos por vuestro trabajo, es

algun pecado? *Fab.* No pienso

tan bajamente, que exerza

esos viles ministerios,

Señor Kersón. Aunque pobre, soy muy honrado, y me precio

de no haber hecho jamas cosa que se oponga à serlo.

Y pues que nadie os ha dado

el mas minimo derecho

para ultrajarme, tratad

de reformar el concepto

errado que de mi hicisteis,

si no quereis exponeros

à que os diga que con mucho

mas honor que vos procedo. *vase.*

Kers. Ah, ah, ah; vaya, que es cosa

la mas comica por cierto

ver à un picaro alcahuete

rebestido en un momento

de hombre honrado, y que me

quiera

con un estilo tan serio

hacerlo creer. La risa

me retoza aún en el cuerpo.

Sale Cristina y Eliseta

Cris. Que no te apartes de aquí.

Kers. Vaya, perdonarle devo

la insolencia, por la gracia

que su seriedad me ha hecho.

Cris. Señor Kersón? *Kers.* Esa es mucha

cortesía, à lo que entiendo,

para una novia. Habré yo

de hablar con igual respeto.

Señora Cristina? *Cris.* Nadie

nos oye: escuchad atento.

Kers. Hace falta aquí Eliseta?

Elis. Y mucha; que como veo

que vais à reñir, por si és

que os enardeceis, me quedo

para meter el montante,

como Maestra, à su tiempo.

Cris. Comprar hoy mi libertad *ap.*

con desengañarle pienso.

Mi padre, Señor Kersón,

me ha intimado hoy el funesto

fallo, de que he de casarme

con vos, ò morir al fiero

furor que le predomina.

Kers. Eso está muy bien dispuesto.

Cris. Yo, desde mis tiernos años

(porque así lo quiso el cielo)

entregué mi corazón,

y mi mano, os lo confieso

sin rubor, à During Ah

qué cuerda anduve en hacerlo!

Le he jurado muchas veces

ser su esposa, ò por lo menos

no serlo de otro, y sabré

cumplirle mi juramento.

En esta suposición,

que no insistais mas, os ruego

en querer que os una à mi;

pues à mas de que lo tengo

por imposible, obrariais,

à la verdad, poco cuerdo

en admitir por muger

vuestra, muger, quando menos,

que dixo que quiso à otro,

que

que le quiere con extremo,
y que os aborrece à vos.

Kers. La lisonja os agradezco.

Crist. Y pues cumplí ya conmigo
desengañandoos, espero
que vos cumplais oy conmigo
renunciando aquel derecho
que os haya dado à mi mano
la eleccion (que yo repruebo,)
de mi padre: obrando asi
como noble, como atento,
como fino, como heroico,
como sabio, y caballero.

Kers. Pero, Madama, es posible
que con tales fingimientos
aun à mi querais hacerme
creer, que no os estais muriendo
por mis pedazos? No veis
que yo ya soy perro viejo.

Elis. Toma, por donde se apea! *ap.*
no he visto mayor camello.

Kers. Hablemos claros, Cristina,
vos sois mia, y yo soy vuestro,
si hasta aqui por vuestro honor
encubristeis el extremo
que me teneis, una vez
que à mas tardar nos veremos
casados mañana, ya
podeis mostrarle sin miedo. *vase.*

Cris. Qué es esto, Eliseta? *Elis.* Eso es,
Señora, no nos cansemos,
que quiere muger, y salga
por donde saliere luego.

Bien que si os he de hablar claro,
segun se explicó ha un momento
conmigo, lo que él desea
no es muger, sino talegos.

Pero mi amo vuelve. *Cris.* Ay triste
Cristina! *Sale Daer.* Vete allá dentro,
Eliseta. *Elis.* Voy. Qué cara
para destetar muñecos! *vase.*

Cris. Tiemblo al verle. *Daer.* Remediar
con esta dulzura pienso *ap.*

el exceso à que poco há
mi propio resentimiento
me conduxo. Ya, Cristina,
llegó à su fatal extremo
nuestra desgracia. *Cris.* Señor,
cómo:- *Daer.* Perdimos el pley
y aún la agradable esperanza
de la apelacion. Perpetuo
silencio en esta materia
nos impone el Parlamento.

Cris. No os desconsolis, Señor
que tal vez:- *Daer.* Mi desconsuelo
mayor, consiste en que me hallo
sin los caidos que devo
aprontar hoy à Daring.

Cris. Pues no os ha indultado de ello
embiandoos el recibo?

Digo, Eliseta à lo menos
asi me ha contado. *Daer.* Y qué,
te persuades à que pienso
con tan poco honor, que había
de recibir ese obsequio

de su mano? Eh, si otro arbitrio
no hallárase:- en fin, solo quiero
que reflexiones que estamos
sin amigos, que hoy valernos
puedan: que rompí el recibo
de Daring, segun hacerlo
devia: que vendrá el Juez

comisionado à este efecto
à que le entregue la suma
de que soy deudor à un tiempo
y depositario: en una

palabra, hija, que nos vemos
en el estado mas triste
y deplorable. Un remedio
solo nos queda, y está

en tu mano: con que creo
que no te opondrás à usar
de él, quando me estás oyendo
que depende de él tu bien
estár, mi honor, mi sosiego
y aún mi vida, pues perdido

mi honor, ni aún la vida quiero.

Cris. Qué sacrificio Señor por costoso habrá, que el tierno amor que os tengo, no haga por redimir como devo vuestro honor, quietud, y vida? si quereis lograrlo á precio de mi libertad:- qué digo? De quanta sangre conservo en mis venas, á perderla gustosamente me ofrezco.

Daer. No exijo de tu obediencia y tu amor, tan caro obsequio; Cristina: nuestra desgracia del todo enmendada creo con dar tu mano á Kersón. Esto solo exijo. *Cris.* Cielo!

Daer. Casada una vez con él me franqueará los ciento y cincuenta mil escudos que entregar hoy mismo debo á Daring: y despues, hija, á reparar nuestro adverso destino, irémos alegres y pacíficos, viviendo el resto de nuestros dias en su país. *Cris.* Oh momento cruel! Oh instante el mas duro, el mas terrible, y mas fiero de mi vida! Instante en que decidir la suerte devo de mi padre, ó mia. *Daer.* Qué turbacion es la que veo en tus ojos? Qué desorden en tu semblante?

Cris. No hay medio: ó hacerme yo para siempre infeliz, ó ser objeto de la censura del mundo abandonando en su acerbo dolor á mi padre. Ay padre mio! Ay Daring!

Daer. Pues qué es esto?

Qué perplexidad es esa?

dí. *Cris.* Ahora si que te pierdo.

Daer. Serás tan fiera, tan vil, tan desconocida al tierno amor de tu padre, que sacrifiques á tu ciego torpe, y criminal delirio su misma vida? Dí, horrendo mónstruo, deseas que muera á manos de su despecho? Quiéres tú ser su verdugo? Si, si, pues toma este acero, *dala un puñal.* termina mis dias tristes, odiosos y negros con tu parricida mano.

Qué aguardas? Pasame el pecho.]

Cris. Padre! *Daer.* Qué dices?

Cris. Que no hagais con esos acentos mi situacion mas terrible; no soy tan cruel: ya cedo à la penetrante voz que adoro, y que reverencio.

Vivid, vos, y muera este miserable objeto de la desgracia. *Daer.* Ahora sí que mas llevadera has hecho la mia: consuelate, Cristina mia, que el cielo te hará dichosa, premiando tu obediencia, y tu respeto.

Cris. No espero mas que infortunios, Señor; pero si con ellos aseguro vuestras dichas, vengan, que ya los deseo. Ay Daring mio! los dos de una pena moriremos.

Daer. Pues, hija, Kersón no puede tardar en volver: yo espero que aunque te cueste hoy alguna violencia el mostrarle afecto, procedas con él de modo que no llegue à conocerlo.

Cris.

Cris. Quanto quereis exigir de mi, Señor! *Daer.* Hija, esto es fuerza. *Cris.* Y cómo quereis que un corazon tan ingenuo, y tan poco acostumbrado à fingir, sepa hoy hacerlo? siempre dexarán mis ojos al labio por embustero.

Sale Fabr. Señor, Daring está aí,

Daer. Qué me quiere?

Cris. Ay de mi! *Fabr.* Veros,

Cris. Qué dolor le ha de causar mi ingratitud! *Daer.* Hasta el seno de mi infortunio se atreve à venir ese perverso à insultarme? Dile que ò se vuelva en el momento, ò se expondrá à que le trate con el ultrage que debo.

Fabr. Que abuse así de su noble corazon! Señor:- *Daer.* Vé presto.

Cris. No me atrevo à interceder por él. *Fabr.* camina poco à poco à la derecha.

al paño Dur. Qué inflexible genio!

Sale Elis. Señora, à la puerta está
al oído de Cristina.

hablando con un cochero vuestro novio. *Cris.* Ay, Eliseta! no me acuerdes mi tormento.

Fabr. Señor, si lo habeis oído, escusadme el sentimiento:-

Dur. Si, amigo: mas vuelve, y dile que à partir no me resuelvo sin hablarle. *Fabr.* Perdonad que yo à volver no me atrevo con tal recado. *Dur.* No temas, y hazme este postrer obsequio.

Cris. Oh, quanto mi corazon traspasan estos desprecios que por mi sufre Daring!

Fabr. Señor, dice que ha resuelto no volverse sin hablaros.

Daer. Se dará un atrevimiento mayor! pues yo haré que à pal-

le echen mis criados luego de casa. Fief, ola. *Cris.* Padre,

Daer. Valverg? *Fabr.* Señor...

Elis. Vaya, el viejo

ha perdido la chaveta.

Dur. Por Dios que mi sufrimiento pasa à ser ya infamia.

Daer. Jorge?

Fab. Su dura condiccion temo.

Daer. Dónde estará esta canalla!

Cris. Padre, que os templeis os ruego que Daring tal vez:- *Da.* Daring

hija mia, no contento con havernos sumergido en el llanto, y desconsuelo, vienè à hacer burla del triste estado en que nos ha puesto.

Fabr. Yo no lo creo capaz de hacer ultraje tan feo à la humanidad. *Daer.* Y quién à tí su Abogado te ha hecho?

Fabr. La razón, Señor: conozco muy à fondo, su modesto, su noble, su generoso caracter:- *Da.* Tambien, tú, necio vienes à aumentar mis iras.

Elis. El es un Neron *Cris.* Yo os ruego que le permitais entrar, Señor, à vér si su intento:-

Daer. Repara que no respondo de mi cordura. *Cris.* Yo tengo certeza, que es incapáz de olvidarse del respeto que merece un desgraciado.

Daer. Que entre. Complacerte quiero haciendo este sacrificio del odio que le profeso.

Llega Fabricio à Daring, le habla, y salen los dos al teatro.

Cris. Oh, quanto ha de confundirme su presencia! *Eli.* Yo no entiendo

De Don Pedro Calderon de la Barca.

en casa. *Ana.* Albricias te diera, si no fuera poco precio el alma de tales nuevas: qué gusto me has hecho, *Ines!* Si tu misma lo confiesas, por qué, di, no le llamaste? puesto que el quejoso era, y con razon. *Ana.* Necia estás, *Ines*, que la gracia es esa, que teniendo él la razon, yo tiranize la queja; y él sin queja, y con razon, sin que le llame, se venga.

Dieg. Novedad os habrá hecho la visita, mas es fuerza venir ahora à cansaros, que, à no serlo, no vinieras; y así, os ruego que me oigais.

Ana. Ola, *Ines?* *Ines.* Señora? *Ana.* Llegas filla à aqueste caballero, que visitas como estas de tan grande cumplimiento, y que al fin se hacen por deuda, (pagar me tiene la entrada) no se reciben sin ellas: sentaos, y decid ahora qué mandais, que si no yerran ideas, de haberos visto alguna vez se me acuerda.

Dieg. Si habeis visto, y no me espanto que no conozcais las señas, porque me vilteis dichoso, y ya los favores truecan las desdichas. *Ana.* De eso mismo he visto yo una comedia; pero en efecto, señor, qué buena venida es esta?

Dieg. Un recado, que os traía de un caballero, quisiera que me oigais.

Ana. Pues ya os escucho, proseguid. *Dieg.* Estadme atenta.

Ana. Decid. *Dieg.* Don Diego de Silva.

Ana. Tened un poco la lengua:

quien es ese caballero?

Dieg. No os puedo yo dar respuesta, que no sé quien es; si vos me preguntarais quien era, yo lo dixera. *Ana.* Está bien; Don Diego, ya se me acuerda, y qué dice el tal Don Diego?

Dieg. Dice, señora, que besa vuestras manos: vive Dios, que estoy mudo.

Ana. Yo estoy muerta, pero beberá el veneno de quien visita por fuerza.

Dieg. Y que viendo que el amor con alas de fuego vuela tan veloz, que dexa atras al tiempo; y esto se prueba por muchos años de afecto, de amor, y correspondencia, aun este instante de tiempo quiere el cielo que se pierda, olvidado de su agravio, dexando aparte las quejas, (miente la voz, si lo dice; miente el alma si lo piensa) este retrato os envia, este soneto os entrega, lamina, y papel que amor obró con tal sutileza, que excedió el ingenio, y artes; porque no es razon que tenga prendas él de vuestro gusto en depositos de ausencia; y dice mas, que os lo envia para testimonio, y prueba de que ya no sentirá que vuestras manos le tengan; que el tiempo que dilató remitir la tal preseña, fue, porque entonces temia que le diera alguna pena saber que en vuestro poder estuviese, mas hoy llega à tan grande desengaño,

viendo la mudanza vuestra,
 que él os le da, y yo le traigo;
 porque muger que así dexa
 acreditada su culpa
 en manos de la sospecha,
 que no da satisfacciones
 à justificadas quejas,
 que estima el honor en poco,
 que no ~~teme~~ sus ofensas,
 que hace de la presuncion
 determinada evidencia,
 y que no busca culpada
 à quien con rigor se ausenta,
 ni quiere bien, ni ha querido;
 y así, la olvida, y la dexa,
 porque muger sin amor
 qué se pierde en que se pierda?

Levantase Don Diego.

Ana. Eso mismo, sin quitar,
 y sin poner una letra,
 lo dixo en cierto romance
 Bras à su querida Menga.
 Mas Don Diego, ya que es tiempo
 que hablemos todos de veras,
 volved à tomar la filla,
 y quando por mi no sea,
 à quien el recado trae,
 toca llevar la respuesta.
 Yo soy quien soy, vos teneis
 de mi muy bastantes muestras,
 pues sabeis un favor mio
 quantos desvelos os cuesta:
 pesame que en tanto tiempo
 de amor, y correspondencia,
 como vos decís, no hayais
 conocido por las señas
 mi condicion, tan altiva,
 que en sus presunciones llega
 à competir rayo à rayo
 con el sol, y las estrellas,
 à quien en numero, y luces
 han vencido mis finezas:
 y ya que tan al principio
 está la voluntad nuestra,

en esta parte no mas
 volveré à informaros della.
 Yo os dixé que ese retrato
 me dió una amiga, y que es fuer
 callar el nombre, no hice
 en esto mas diligencias,
 para que vos lo creyeseis,
 porque la verdad se prueba,
 sin mas testigos de abono,
 que con ser la verdad mesma.
 Dadme que hubiera mentido
 en la disculpa primera,
 que yo os hubiera buscado,
 y con extremos hubiera
 acreditado el engaño;
 que como mentira fuera,
 la misma desconfianza
 no me dexára tan quieta,
 hasta que la hubieseis vos
 creído, y es verdad tan cierta,
 que tenemos las mugeres
 tanto gusto de que crean
 nuestras mentiras los hombres,
 que solamente por esta
 ocasion hubiera hecho
 yo mayores diligencias.
 La verdad es la que os dixé,
 si vos no quereis creerla,
 parte es tambien de verdad
 el haber dudado della,
 porque si fuera mentira,
 con mas ventura naciera;
 mas como no las usamos,
 no me espanto que os parezca
 imposible en mi el decirlas,
 como en vos el conocerlas.

Dieg. Decidme quien es la amiga,
 y os creeré. *Ana.* Sí lo dixera,
 si os importára el saberlo,
 mas quien viere aqui, que es fuer
 que me olvide quien no siente
 que yo este retrato tenga,
 para qué ha de saber nada?

Dieg. Por esa razon, por esa

De Don Pedro Calderon de la Barca.

merezco mas la disculpa.

Ana. No entiendo como ser pueda.

Dieg. Amante que dice agravios,
zeloso que dice quejas,
olvidado que baldona,
aborrecido que afrenta,
desesperado que injuria,
y triste que desespera;
ese siente, ese se abraza,
ese estima, ese desea,
ese obliga, ese pretende,
ese se rinde, ese ruega,
porque à la lengua los zelos
les dieron esta licencia.

Ana. Cobardes deben de ser,
pues se valen de la lengua:
mas dama que satisface,
y ofendida, no se queja;
agraviada, no se enoja;
baldonada, no se venga;
despreciada, no aborrece;
aborrecida, no dexa;
esa perdona, esa admite,
esa disimula, ò zela,
esa adora, y esa estima,
esa quiere, y esa precia;
que es vil muger la que à un hombre
descubiertamente ruega:
porque tiene la muger
tan altiva preeminencia,
que han de buscarla quejosos,
y entonces con mas finezas,
y aun plegue à Dios que nos hallen
de la suerte que nos dexan.

Dieg. Y si volviera à buscaros
al instante la fineza
de un amante, de qué suerte
os hallára? *Ana.* Con mil quejas
de que de mi se creyesen
tan declaradas baxezas.

Dieg. Quien quiere, teme.

Ana. Es verdad,
y es bien que quien quiere, tema
perder el bien, pero no

mudanzas tan manifiestas.

Dieg. Pudiera desenojaros,
quando rendido volviera?

Ana. No volverá quien me dixo.

Dieg. No lo digas, cierra, cierra
los labios: mas si volviese?

Ana. No sé entonces lo que hiciera.

Dieg. Dierasle una blanca mano,
para que jurase en ella,
con homenaje de amor,
de no hacerte mas ofensa?

Ana. Para que jurase sí.

Dieg. Qué mano le dieras? *Ana.* Esta.

Dieg. Qué dicha! *Toma la mano.*

Ines. Gracias à Dios,
que llegamos à la venta.

Dieg. Y el retrato? *Ana.* Ténle tu,
hasta que al dueño le vuelva.

Dieg. Eso no, porque llevarle,
fuera durar la sospecha
en mi, quedate con él,
y à Dios, que temo que venga
tu padre. *Ana.* Guardete el cielo,
como mi vida desea.

Dieg. Podré fiarlo à sus ruegos?

Ana. Sí, que entonces fuera eterna.

Dieg. Y aun será para adorarte
poco tiempo, aunque lo sea.

A Dios: ò qué dulces paces! *Vase.*

Ana. A Dios: ò qué dulces guerras!

Ines. Gracias à Dios, que ya estamos
en paz; y gracias à Dios,
llegó el tiempo en que las dos
ese retrato veamos.

Descubre este encanto, esta
sombra, sepamos quien fue
quien, sin qué, ni para qué,
tantos disgustos nos cuesta.

Ana. Bien dices: ay Dios!

Ines. Qué ves? *Mirando el retrato.*

Ana. Como decirlo dilato?

Ines. dime, este retrato
de nuestro huesped no es?

Ines. Sí, señora, y el estar

por una muerte escondido,
conviene con haber sido
el que en aqueste lugar
nos contó Doña Maria.

Ana. Si esto acaso se escuchára
en una farfa, faltára
quien dixese que no habia
sido posible causar
tantas cosas un sugeto?
que estoy rendida, prometo,
à un pesar, y otro pesar.
Ines, qué tengo de hacer,
viendome en esta ocasion
en tan grande confusion,
sin elegir, sin saber
qué camino es el que siga,
que seguro puerto halle?
pues es forzoso que calle,
lo que es forzoso que diga.
Si callo à Don Diego yo
que está en mi casa escondido
un hombre, que retraído
vive en ella, como no
se ha de ofender con razon,
quando lo llegue à saber,
de que yo pude tener
alma, vida, y corazon
para guardar un secreto,
quando en pecho enamorado
no hay secreto reservado?
Si con diferente efecto
se lo digo, quien podrá
satisfacerle de mi,
sabiendo que un hombre aqui
à todas horas está;
y mas si adelante pasa
el temor, y llega à ver
el retrato en mi poder,
y el caballero en mi casa?
Callar aqui, no es amar,
y ese yerro vendrá à ser
el primero que muger
haya hecho por callar.
Hablar aqui (triste quedo!

es advertirle, y no es justo,
porque es de mi padre gusto,
que yo remediar no puedo.
Despertar estos desvelos,
es hacer de noche, y dia
una continua porfia
de agravios, penas, y zelos.
Hablar, y callar temí;
y hablar, y callar deseo:
conmigo misma peleo,
defiendame Dios de mi.

Ines. Pues, señora, el desengaño
viva donde hay voluntad,
la verdad siempre es verdad,
y el engaño siempre engaño.

Ana. Que la verdad es verdad,
confieso, pero tambien
con la verdad yerra quien
castiga la voluntad.

Ines. Calla, que viene el señor
huesped de espadilla alli.

Ana. Por qué le llamas así?

Ines. Porque es huesped matador.

Salen Don Juan, y Espinel.

Juan. Un cuidado os vengo à dar.

Ana. No será el primer cuidado
que vos, Don Juan, me habeis da-

Juan. Pesaráme de llegar
à ser tan necio, que fuese
causa yo, porque no es justo
dar cuidado, ni disgusto
en esta casa. *Ana.* No os pese
de eso à vos, porque no ha habido
causa para haberos dado
este cuidado cuidado,
aunque para mi lo ha sido:
y qué mandais en efecto?

Juan. Solo os quisiera pedir,
porque me importa salir
aquesta noche en secreto
à ver una hermosa dama,
(perdonad, que la licencia
ha dado en vuestra presencia
la disculpa de quien ama)

que vos se la deis à Ines de abrir la puerta. *Ana.* Tan grave cuidado es ese? la llave da al señor Don Juan despues, para que pueda salir; que yo sé en fineza tal, no de buen original, como se suele decir; empero de buen retrato, que hareis en verla muy bien, porque sé que os quiere bien, y hareis mal en ser ingrato: y al fin, hoy quereis salir?

Juan. Al punto que espire el dia.

Ana. Solo vos, ó en compañía?

Juan. Espinel conmigo ha de ir, porque, delante de mi, si acaso acierto encontrar la ronda, pueda escapar.

Esp. Mientras me prenden à mi? muy buena piedad, por Dios.

Juan. Y tambien quiero llevalle, porque se quede en la calle, mientras hablamos los dos.

Esp. Yo en la calle? quien te ha dicho que foy valiente? detente, que tenerme por valiente, es un galante capricho.

Juan. Qué valentia es estar, para avisar si alguien viene?

Esp. Pues vamos, que ya previene una industria singular mi ingenio; no solo quiero avifarte diligente, mas de un esquadron de gente guardar aquel barrio entero:

Un alma no ha de pasar por la calle, no, señor, ni otras diez al rededor, que yo las quiero guardar con mi capa, y con mi espada no mas, venza à la fortuna la industria; y hoy para una, que yo tengo fabricada,

convido à vuestras mercedes; hombre no me pasará, porque yo haré: pero allá, dixo Agraxes, lo veredes. *Ruido dent.*

Juan. La puerta abrieron, por Dios.

Ana. Es verdad, y pasos sientos.

Juan. Espinel, à este aposento nos retiremos los dos. *Vanse.*

Ines. Doña Maria es. *Ana.* Leal vendrá este instante, este rato à solo ver un retrato, donde está el original.

Ines. Y pienzas decir que aqui está Don Juan? *Ana.* Para qué? en decirselo no sé si acierto, en callarlo sí, porque si su gusto es que ella sepa donde está, puesto que ha de verla allá, podrá decirlo despues.

Ines. Y le has de callar tambien de su retrato el suceso?

Ana. Para qué ha de saber eso?

Ines. Parecióme à mi, que quien te fió su amor aqui, saber el tuyo podia.

Ana. Siempre fue doctrina mia, que nadie tenga de mi que callar; con que así yo, que à saber secretos vengo de todas, que callar tengo; mas ellas de mi, eso no.

Salen Doña Maria, y Juana.

Mar. Las visitas de amigas dan mas gusto, y contento, sin mayor cumplimiento.

Ana. Mas en eso me obligas, porque las amistades han de ser sin urbanas vanidades: como estás? *Mar.* Estoy buena, y siempre à tu servicio.

Ana. Tu hermosura da indicio de que acabó la pena: como va? qué hay de nuevo?

Mar. Apenas à contartelo me atrevo:
dos amantes tenia
à un tiempo juntamente,
y uno muerto, otro ausente,
los dos perdí en un dia.

Ana. En nosotras es cierto
q̄ el ausente contamos por el muerto.

Mar. No, porque de mi olvido
se queje el del retrato,
mas porque tan ingrato
conmigo ha procedido,
que à mi tambien se esconde,
sin avisarme quando, como, ù donde.

Ana. El quizá lo desea;
alentarte procura,
podrá ser, por ventura,
que aqui te escuche, y vea
el mismo del retrato.

Mar. Sin él me iré, por no mirarle
ingrato.

Ana. Qué nada dél supiste?

Mar. No, amiga, ni aun noticia del
criado,

que aqui se habia quedado,
con quien la ausencia triste
à ratos divertia,
ya tampoco sé dél. *Ana.* Qué tirania!

Mar. Busquéle, pero en vano:
esto hay en esta parte,
de que pueda avisarte.

Ana. Y dime, de tu hermano
como estan los rezelos?

Mar. Muy malos. *Ana.* Como así?

Mar. Matame à zelos:
Si supiera que habia
llegado aqui, no hubiera
quien en casa cupiera.

Ana. Pues él de mi podia
tener sospecha alguna?

Mar. Como à eso me ha traído mi
fortuna:

de ti no sospechára
cosa que indigna fuera,
pero de mi tuviera

queja evidente, y clara,
sabiendo que he salido
à la calle mayor, y aqui he veni

Ana. Pues no estás muy segura
aqui de que te vea, y tendrá que

Ines. Aunque es cosa muy vieja
decir, quando la voz ocasion to
esto del ruin de Roma,
y el lobo en la corneja,
tu hermano en casa ha entrad

Mar. Escondame este quarto.

Ana. Está cerrado,
no entres en él.

Mar. Abierto está. *Ana.* Detente.

Mar. Pues saleme al encuentro?

Ana. Sí, porque es entrar dentro
mayor inconveniente,
que verte aqui tu hermano.

Mar. Mayor inconveniente?

Ana. Sí, y es llano.

Mar. Poco de mi confias.

Ana. Es mucho lo que guardo.

Mar. Ya en esconderme tarde.

Ana. Pues en corto venias,
cubrete con el manto,
que no ha de conocerte.

Mar. Ay cielo santo!

*Tápanse Doña Maria y Juana, retiradas,
y sale Don Luis.*

Ana. Señor Don Luis, qué es esto?

Luis. Es la ocasion en que un rig
me ha puesto:

no dudo yo, señora

Doña Ana, que tengais esta locu
à atrevimiento ahora;

pero mi amor examinar procura
si à la osadia sigue la ventura.

Si me he atrevido à veros,
sin tener enojaros, y que airad

me habeis, fue, por saber que
ofenderos

poco aventuro, ò nada,
pues q̄ siempre conmigo os ví enojad

An. Señor D. Luis, ya vuestro estilo pa

De Don Pedro Calderon de la Barca.

de galan à grosero: con qué intento
entraís en esta casa,
donde aun veloz el viento
rezela introducir un pensamiento?
qué dirá esta señora
amiga, que ha venido à visitarme,
viendolos entrar tan atrevido ahora
en mi casa?

Luis. Que quise aventurarme
à morir; ya esa dama recatada
fabrá lo que es amor.

Mar. Estoy turbada.

Sale Don Diego.

Die. Seguí à Don Luis, zeloso de miralle
estar en esta calle,
y à tanto el temor pasa,
q̄ despues le ví entrar dentro de casa:
y así, desesperado,
sin reparar en nada, aqui he llegado.

Ines. Don Diego. *Ana.* Ay triste!

Mar. La ventura mia
le traxo.

Dieg. Aunque no ha sido cortesia
introducirse, quando
dos en conversacion estan hablando,
esta vez fuera necio, si no fuera
descortes. *Ana.* Muerta estoy.

Dieg. Y de manera
mi poco ingenio precio,
q̄ he de ser descortes, por no ser necio:
vaya, pues, adelante
la platica, mi vista no la espante.

Luis. Señor Don Diego, q̄ llegueis ahora
(de colera estoy loco)
à la conversacion importa poco,
pues lo publico della no se ignora:
mas que llegueis, pensando
que haceis disgusto en el llegar.

Ana. Temblando
estoy. *Luis.* Importa mucho;
y así. *Mar.* Cielos, qué escucho!

Luis. A quien imaginare
q̄ à mi me hace pesar, quando llegare
à ver el sol, en solo un pensamiento,

un atomo, un intento,
una imaginacion, fabré.

Dieg. Salgamos

de aqui, porque no estamos
bien entre damas para responderos.

Luis. Calle la lengua, y hablen los
aceros.

Ana. Há Don Diego? há señor?

Luis. Venios conmigo. *Vase.*

Dieg. Guiad vos, donde ya os figo.

Ana. No seguirás, detente.

Dieg. Suelta, ò harás que alguna ac-
cion intente

contra tanto respeto;
suelta, Doña Ana.

Ana. Ya ningun efeto
que ha de ofenderme espero,
como tu no le sigas.

Mar. Si es que acaso te obligas *Llega.*
de ruegos de muger, por caballero,
por noble, y por amante,
detenga tu furor el ver delante
una muger. *Dieg.* Solicitais en vano
tenerme todas ya.

Mar. Ved que es mi hermano.

Ines. Pues nada le detiene, *ap.*
eso le detendrá: mi señor viene.

Ana. Ya no puedes salir sin riesgo mio.

Dieg. Pues en este aposento me desvio,
hasta que salir pueda,
y la ocasion el cielo me conceda
de vengar mis agravios, y mis zelos.

Ana. Aun mayor confusion es esta,
cielos:
no entres aqui, detente, espera,
aguarda.

Dieg. Todo te aflige, todo te acobarda:
temores te concedo,
si me voy, si me escondo, y si me
quedo:
si me voy, te parece
que à la muerte mi colera me ofrece:
si me estoy, que me encuentra
tu padre, que ya entra:

si me escondo, tambien: qué ha de ser esto, quando en tres confusiones estoy puesto?

Ines. Bien puedes sossegarte, que yo, por detenerte, y reportarte, y porque no salieses, he fingido, que mi señor venia; pero ha sido engaño. *Ana.* Bien has hecho, *Ines*, que el alma le volviste al pecho: ya para ir tras Don Luis, señor, es tarde:

sosiega.

Dieg. Con indicios de cobarde, como un hombre pudiera sossegar, si otra causa no tuviera que aqui le detuviese?

Yo he de saber, aunque al honor le pese,

qué inconveniente habia de entrar à este aposento? quien temia que tu padre le hallase?

Ana. Qué à tal extremo mi desdicha pase!

Dieg. Porque el pecho turbado, torpe la lengua, el corazon elado, el labio temeroso, suspena el alma, el animo dudoso, no sé si es mayor daño seguir mi muerte, ò ver el desengaño desta sospecha vil: valedme, cielos, porque mi agravio aflige mas mis zelos;

y así, de dudas lleno, Tantalo de veneno, teniendo, à mi despecho, al cuello un lazo, y un puñal al pecho,

ignoro en mal tan fuerte, habiendo de morir, qual es mi muerte.

Ana. Don Diego; si me estimas, si à obligarme te animas, cree de mi, que te adoro,

que siento tu dolor, tu pena lloro que agradarte pretendo, q̄ no puedo agraviarte, ni te ofendo y no quieras saber, por qué he tenido reservado ese quarto, pues no ha sido ofensa tuya. *Dieg.* Dame mas rezel con tantas prevenciones, vive el cielo,

q̄ he de saber quien el retrete esconde.

Mar. A mi gusto su enojo corresponde porque saber deseo qué encanto es el que aqui.

Ana. Mi muerte veo: mi bien, señor, Don Diego, mira.

Dieg. Todo soy rabia, y todo fuego.

Ana. Que me pierdo, y te pierdes de ese modo.

Dieg. Donde me pierdo yo, pierda todo,

q̄ he de entrar à apurar en dudas tales mis penas, mis desdichas, y males,

publicando mi voz en tanto dolor, q̄ con bien vengas, mal, si vienes solo.

JORNADA TERCERA.

Sale Don Juan embozado, y Don Diego las espadas desnudas, y tras ellos Doña Maria tapada, y Doña Ana, y las criadas.

Dieg. No os encubrais, caballero, que es en vano, vive Dios, porque à riesgo de mi vida, tengo de saber quien sois.

Juan. En vano lo sollicita osado vuestro valor, porque de mi vida al riesgo, tengo de callarlo yo.

Mar. Llegá presto. *Ana.* Caballeros, tened las armas, por Dios, mirad que está de por medio poniendo paces mi honor:

así atropellais mi fama?
así mi reputacion?
así à una ilustre muger
quereis destruir los dos?
por lo que puede acabar
mansamente la razon,
sin perder nadie, quereis
que todo lo pierda yo?
Don Diego, escucha, si pueden
las alas del corazon
enviar desalentadas
algun socorro à la voz:
Y vos, ilustre Don Juan,
generoso huesped, vos
no tengais à liviandad
dar esta satisfaccion
à quien aun no es mi marido:
y pues noble, y cuerdo sois,
ya habreis visto que esto es,
no sé si lo diga, amor:
amor tan sin esperanza,
que es verdad que no llegó
à tener de los deseos
zelos siquiera el honor;
mas quando se ve culpada
una muger, como yo,
siendo un atomo de ofensa
sombra de una presuncion,
todo lo ha de aventurar,
que para aquesto nació
la que es principal muger,
con honra, y obligacion,
para tener que perder,
quando llegue la ocasion.
Defendiendo yo esta puerta,
y estando encerrado vos
dentro del quarto, mirad,
mirad si tendrá razon
de tener de mi Don Diego,
no rezelo, ni temor,
sino evidencia, y certeza
de que he afrentado à quien soy.
Volved por mi, pues vos fuisteis
la causa, esta obligacion

tiene à qualquiera muger
el hombre mas inferior,
quanto mas el caballero,
que parece que nació
(es verdad, no lo parece)
para defensa, y favor,
para amparo, para guarda,
para columna, y blason
del honor de una muger;
y esto le importa à mi honor.

Juan. En dudas tan imposibles *ap.*
quien en el mundo se vió,
cercado de tantos males,
viendo en mi, quando llegó
el primero, los que habian
de seguirle, porque son
eslabones unos de otros?
qué duda! qué confusion!
Si me descubro, es el riesgo
de mi ausencia, ò mi prision
evidente; si porfio
en encubrirme, es error,
pues la opinion desta dama
padece sin ocasion;
pues si lo callo, él de amante,
desesperado, y feroz,
ha de querer conocerme,
y es el peligro mayor.

Ana. Señor Don Juan, qué dudais?
hablad, que si vos quien sois
no decis, pues yo lo sé,
habré de decirlo yo.

Juan. De dos daños ya rendido
aqui, siendo este el menor,
me descubro. *Descubrese.*

Dieg. Ay Dios, qué veo!

Mar. Qué miro, valgame Dios!

Dieg. Donde busco desengaños,
desdichas hallando voy.

Mar. Aquel no es Don Juan?

Juana. Señora,
puede esto dudarse? *Mar.* No;
encubierto en esta casa
Don Juan, y me lo negó

Doña Ana, viendo el retrato?

Dieg. Qué es esto que viendo estoy?
este el dueño es del retrato
que ví, qué agravio mayor!
El escondido en su casa,
el retrato en ella, y yo
dispuesto à esperar disculpas?
puede haberlas? plegue à Dios.

Juan. Caballero, pues que os hable,
importa una prevencion.

Dieg. Decid. **Juan.** Si vos me pidieseis
aquesta satisfaccion,
no os la diera, que no saben
caballeros, como yo,
dar satisfaccion à quien
tiene con tanto valor
la espada en la mano, y es
bien el prevenir que vos
no me la pedis, por eso *Envaynan.*

(guardad la espada) os la doy.
Yo soy desta casa huesped,
en ella escondido estoy
por una desgracia, huyendo
à la fortuna el rigor,
porque el deudo, ò la amistad
de Don Bernardo llegó,
yo à fiar mi vida dél,
y él de mi ausencia su honor:
no le ofendiera por esto
mi amistad; no, vive Dios,
si me quitase la vida
con mis propias manos yo.
Esto es verdad, y pensad,
sí, Don Diego, que hombre foy
que la trata; y si tuviera
sola una imaginacion
ocupada en su belleza,
(quando discurra mi amor,
en esta parte atrevido,
fuera de mi obligacion)
lo dixera, porque tengo
por hombre de poco honor,
de abatidos pensamientos,
de baxa reputacion,

à quien disimula dama,
que sola una vez miró
un deseo, qué es deseo?
una passion, qué es passion?
un cuidado, qué es cuidado?
una sombra, una aprehension,
un atomo, un pensamiento
de otro gusto, y de otro amor,
quanto mas un desengaño,
como el que os he dado à vos.

Juana. Qué te parece, señora,
la disculpa? **Mar.** Qué sé yo,
de todo tiene, volvamos
à callar, y à oir las dos.

Dieg. Señor Don Juan, yo no dudé
una verdad, pues en vos,
en vuestro estilo, y persona
se descubre bien quien sois;
pero un hombre enamorado
de todo tiene temor,
todo le asombra, y espanta;
y zelos dicen que son
anteojos de aumento, que hacen
qualquiera cosa mayor.
No os pese de que los tenga
en esta parte de vos,
pues bien puede una persona
dar zelos al mismo amor.
En quanto à mi, yo confieso
que ya satisfecho estoy,
en quanto à mi amor, no puedo
que es mas descortes que yo:
y así, el amor es quien pide
otra disculpa mayor.

Decidme, vuestro retrato
qué delito cometió,
que se vino à retirar
à aquesta casa con vos?

Juan. Qué retrato? **Dieg.** Uno que tiene
Doña Ana vuestro. **Juan.** Eso no,
porque yo no se le he dado.

Ana. Una amiga me le dió,
que yo no digo quien es,
porque de mi se fió,

pues

De Don Pedro Calderon de la Barca.

pues si ella quiere decirlo,
puede tan bien como yo.

Dieg. Para que me satisfaga,
Don Juan, muchas cosas son,
y mientras yo no os conozca,
fuera necedad, y error
fiarme de vos, decidme
abiertamente quien sois,
y os creeré, y vos me tendreis
para mandarme desde hoy,
que hallareis en mí un amigo
de alguna satisfaccion.

Juan. Hombre enamorado tiene
disculpa en qualquiera accion;
y así, lo que os digo ahora,
tampoco os lo digo à vos,
fino à vuestro amor, teniendo
lastima de su passion;
mi nombre es Don Juan de Lara,
caballero Andaluz foy,
di la muerte à un caballero,
porque ocasiones me dió,
llamabase Don Fadrique
de Silva. *Dieg.* Valgame Dios!

Juan. Pues qué os suspende? qué os turba,
y niega al rostro el color?

Dieg. Ninguna cosa: ya tengo,
cielos, otra confusion; *ap.*

Don Fadrique era mi primo,
y mi amigo; el matador
está en mi mano, fiado
su secreto à mi valor:
no hay aqui ya mas remedio,
alma, vida, y corazon,
que callar, porque si aqui
por entendido me doy,
me toca satisfacerme;
y no sabiendolo, no.

Señor Don Juan, satisfecho
de vuestra verdad estoy,
por ser hijo de ese aliento,
por ser rayo de ese sol;
y así, de vos no me quejo,
porque de quien debo yo

quejarme, me quejaré
à su tiempo: guardaos Dios.

Juan. Tampoco esto me está bien,
porque puesto en daros yo
satisfaccion, por lo propio
que aqui le toca al honor
de Doña Ana, vos no habeis
de dexar la obligacion
que teneis, pues corre ya
por mi cuenta, y la razon
es esta, escuchadme ahora:
ò me habeis creido, ò no;
si me habeis creido, hareis
mal en durar al dolor,
pues cesa la pesadumbre,
donde la causa cesó;
si es que no me habeis creido,
clara mi ofensa se vió,
pues teneis por sospechosa
mi verdad. *Dieg.* Es gran rigor
querer tafar de mi pecho
los sentimientos, señor:
si no os hubiera creido,
de aqui no me fuera yo,
ni os dexára: no querais
faber mas desta ocasion,
para saber que os creí,
fino que os dexo, y me voy.

Juan. Y quando en tanta sospecha
tuvieréis algun rencor,
y escrupulo en vuestro pecho,
aqui me hallaréis, y yo
os daré donde querais
qualquiera satisfaccion.

Dieg. Si la hubiere menester,
la pedirá mi valor;
que la que yo he de tomar
en algun tiempo de vos,
en otra parte ha de ser.

Juan. A todo dispuesto estoy,
y aqui me hallareis, repito.

Dieg. Pues aqui os buscaré: à Dios. *Vas.*

Ana. Tenle, Ines, porque de casa
no ha de salir, sin que yo

le desenoje: há Don Diego?
mi bien? esposo? señor?

Vanse los dos, y sale Espinel.

Esp. En qué ha parado este caso?
que yo, porque no me vieses,
y por mi te conociesen,
me retiré paso à paso,
con lindo compas de pies,
adonde he estado escondido.

Juan. Eres tu muy prevenido
en tales casos. *Esp.* Di, pues,
qué hubo? *Juan.* Dudas, y questiones
retoricas, y molestas,
mil demandas, y respuestas,
quejas, y satisfacciones;
y en efecto se acabó
mejor que yo habia pensado.

Llega Doña Maria, y descubrese.

Mar. No, Don Juan, muy acabado,
porque ahora falto yo,
que aquí dudé el descubrirme,
hasta ahora, por no echar
à perder en tal lugar,
mas ofendida, ò mas firme,
la satisfaccion que vos
disteis à aquel necio amante,
pues estando yo delante,
y padeciendo los dos
una fortuna de zelos,
si à mi ofendida me viera,
él no se satisfaciera
tampoco de sus rezelos;
y así, estuve retirada,
porque es peligrosa mengua,
que haya mugeres con lengua,
donde hay hombres con espada.

Esp. Valgame Dios, es tramoya?

Juan. Hermosa Doña Maria,
luciente blason del dia.

Mar. Tente, tente. *Esp.* Aquí fue Troya.

Juan. Pues por qué desden tan fiero?
ha de cobrar la hermosura
pensiones de mi ventura?

Mar. Ingrato, mal caballero,

descortes, villano, es bien
que despues de aventurar
mi opinion, os venga à hallar
donde mis ojos os ven?

Es bien, quando tanta pena
mi vida, y mi suerte pasa,
vos me perdais en mi casa,
y yo os halle en el agena?

Es bien, desagradecido,
que en un peligro tan cierto
ande mi honor descubierta,
y vos esteis escondido?

Pues para saber adonde
estabais, fue menester
que otro viniese à romper
esta prision que os esconde;
pero yo tuve la culpa,
pues vuestro retrato di
à la que me ofende así.

Juan. Mi ignorancia me disculpa;
supe yo que erades vos
su amiga? No: y por pensar
que era imposible llegar
à vernos aquí los dos,
no lo dixé. *Mar.* Y ya sabido
que era su amiga, por qué
ella me calló? *Juan.* No sé.

Mar. Qué aquí estabais escondido?
estadlo, pues. *Juan.* No ha de ser,
quedando con tal cuidado.

Sale Doña Ana.

Ana. Fuese Don Diego enojado,
no le pude detener;
mas qué es esto? *Juan.* Es un rigor
de dos luceros crueles:
troquemos los dos papeles
en esta farfa de amor,
y di tu como pedia
que me mandases abrir
hoy la puerta, para ir
à ver à Doña Maria.

Mar. No, Don Juan, no he menester
satisfaccion tan liviana
yo, porque antes à Doña Ana

De Don Pedro Calderon de la Barca.

la tengo que agradecer,
que no culpar, pues su trato
conmigo es tan liberal,
que me da un original
en reditos de un retrato.
Y es alcaydesa muy bella
la que os tiene por confianza
en prision, y sin fianza
no os dexará salir della.
Y pues la puerta guardó,
porque no entrase tambien,
no querrá que salgais, quien
no quiso que entrase yo.

Ana Escucha ahora à los dos
satisfaccion. *Mar.* No ha de ser,
si la hubiere menester,
yo vendré por ella: à Dios.

Vanse Doña Maria, y Juana.

Esp Buenos habemos quedado,
mi Doña Ana, y mi Don Juan,
sin la dama, y el galan.

Ana Perdí un dueño que he adorado.

Juan. Perdí una amada beldad,
aquí murió mi esperanza.

Esp Dios la perdone. *Ana.* Aquí alcanza
sepulcro mi voluntad.

Esp. Un remedio prodigioso
dar quiero à vuestros cuidados.

Juan Qual es? *Esp.* De dos desdichados
se suele hacer un dichoso:

Doña Ana perdió por ti
à su amante; tu por ella
à tu dama hermosa, y bella,
entrambos jugais aquí
la pretina, y pues engaños
os ponen en tal rigor,
quien hizo burros de amor,
que pague al otro los daños.

Juan. Necio remedio será.

Ana Yo à lo menos, no podré
aplicarle. *Esp.* No? por qué?

Ana. Porque no sale de acá. *Vase.*

Juan. Vén conmigo, que hemos de ir
à desenojarla. *Esp.* Vamos. *Vanse.*

Salen Doña Maria, y Juana.

Mar. Toma allá ese manto, Juana.
Juana. Triste vienes.

Mar. Vengo muerta.

Juana No tienes razon, pues viste
satisfacciones tan ciertas.

Mar. No admite satisfacciones
quien está tan loca, y ciega.

Juana. Pues tu hermano viene aquí,
riñe con él ahora. *Mar.* Necia
estás, à qué muger quieres
que le falte una pendencia,
quando la haya menester?

Sale Don Luis.

Luis Hermana, escuchame atenta,
porque vengo à darte parte
de mis desdichas, y penas:
Yendo en casa de Doña Ana.

Mar. Ay Juana, mas qué nos cuenta
lo mismo que habemos visto! *ap.*

Luis. A visitarla, y à verla,
entró tras mí un caballero,
que puede ser que en las señas
conozcas; en fin, se llama
Don Diego de Silva. *Mar.* Espera,
que no lo he entendido bien:
quien estaba allí con ella?

Juana. Bien disimula. *Luis.* No sé,
una señora encubierta.

Mar. Conocistela? *Luis.* No tuve,
ni cuidado, ni advertencia;
pero no es esto del calo.

Mar. Pues yo juzgué que pudieras:
en fin, qué pasó? *Luis.* Él entró
con la capa descompuesta,
perdido el color, la voz
turbada, torpe la lengua,
no sé lo que dixo. *Mar.* Ay Dios!
reñiste con él? *Luis.* A fuera
le dixé que le esperaba,
y estuve un rato à la puerta
esperando. *Mar.* Y él salió?
que de imaginarlo, tiembla
el corazon. *Luis.* No salió.

Mar. Ay Jesus, que estaba muerta, buenas nuevas te dé Dios.

Luis. La verdad, hermana, es esta.

Mar. Y en fin, qué quieres ahora?

Luis. Qué quieres q̄ un hombre quiera zelos? trazas, y engaños, que amor cauteloso intenta: fingir que estás disgustada, y que de mi tienes quejas, y véte en casa de Doña Ana; que siendo huespeda en ella, podrás saber de su amor el estado: esta fineza has de hacer, hermana mia; no habrá cosa que agradezca, como que à su casa vayas, y con arte, y con cautela el estado deste amante, y deste zeloso sepas.

Mar. Por la mano me ha ganado mi hermano. *ap.*

Luis. Qué estás suspensa?

Mar. Estoy pensando, qué quieres que en una muger parezca de mi honor, y obligaciones, dexar su casa por quejas de su hermano? *Luis.* Aconsejára cosa yo, que indigna fuera à tu honor? con una amiga de su calidad, y prendas, debiera hacerlo hoy el gusto; quando el disgusto no fuera.

Mar. El gusto pudiera hacerlo por su misma conveniencia; pero el disgusto. *Luis.* No vayas, si eso te da tanta pena: quando has de hacer una cosa que te pida? *Mar.* Espera, espera, no te disgustes tan presto, yo iré. *Luis.* Porque no te deba nada, no quiero que vayas.

Mar. Pues yo quiero, aunque no quieras: quando ha de ser la partida?

Luis. Luego. *Mar.* Luego?

Luis. Pues qué esperas?

Mar. No ves que es de noche ya?

Luis. Así tendrán por mas cierta, siendo à deshora la ida, la causa que allá te lleva.

Mar. O quanto, hermano, me agradas, quando mi gusto me ruegas! *Vanse.*

Salen Don Juan, y Espinel.

Juan. Quedate aqui, mientras yo hago en la calle la seña, por no entrar dentro de casa.

Esp. Bien puedes seguro entrar, porque no me ha de parar en la calle, ni en la puerta hombre humano, ni viviente, aunque un exercito venga.

Juan. De quando acá tan valiente?

Esp. Quando esto verdad no sea, quejate de mi. *Juan.* Qué armas traes para tan grande empresa?

Esp. Una daga, y una espada, ves tu mas? *Juan.* Aqui me espera, que con esa confianza he de entrar, esta es la reja del patio, donde otras veces hablamos. *Vase.*

Esp. Sea norabuena: Ya estamos, señor don miedo, en la estacada, y palestra, de donde hemos de salir con la buena diligencia; juego de manos parece, y será la vez primera que el miedo juegue de manos, pues siempre las tuvo quedas: salga de la guarnicion de la daga, en que está puesta, luego una cuerda encendida, que en la guarnicion revuelta de la espada, nadie duda que aqui à lo obscuro parezca un mosquete, que cargado tiene calada la cuerda: la vayna venga tambien,

para que la horquilla sea
deste mosquete mental;
y puesto desta manera,
à lo Tudesco plantado,
daré à todas partes vuelta.
Mosqueteros de la paz,
arbitros de la comedia,
todos somos de la carda,
y à todos pido clemencia.

Sale D. Dieg. Salgo à buscar à Don Luis
à su casa, porque entienda
que hoy no dexé de seguirle
por temor de sus bravezas,
fino por otras desdichas,
que siguieron la primera;
y bien se conoce, pues
si se mira con mas fuerza,
no le viniera à buscar
solo à su casa, y quisiera
hallarle presto, por dar,
desocupado, la vuelta
à ver qué quiere Doña Ana,
que por un papel desea
con grande encarecimiento,
que vaya esta noche à verla,
diciendome que esta noche
me tendrá la puerta abierta.

Esp. Vuestra merced, caballero,
en cortesia se vuelva,
y pase por otra calle,
que hay inconveniente en esta,
y emboscada, que le hará
que luego al punto se vuelva,
ò la boca de un mosquete
lo dirá de otra manera,
asentado con dos balas,
que son de su boca lengua
elegante. *Dieg.* Caballero,
mucha prevencion es esa
para que un hombre os responda,
que acaso à esta parte llega
con su capa, y con su espada;
y si me importára en ella
entrar, vive Dios, entrára

por aquesta causa mesma;
y si quereis ver si tengo
animo, y valor, depuesta
la ventaja, con la espada
defended la entrada della.

Esp. Para haber de deponer
la ventaja, no viniera
cargado desde mi casa
con un mosquete, que pesa
cien arrobas: vuesa merced,
pues habla tan bien, se vuelva,
ya que no aventura nada.

Dieg. Yo lo haré, como se entienda,
que me voy, por no importarme
pasar por aqui, y aquesta
accion tan aventajada,
no la tengais à flaqueza.

Esp. No tendré fino à gordura.

Dieg. Con mosquetes à la puerta
de Don Luis la misma noche
que ha tenido una pendencia?
miedo gasta, mas de dia
le buscaré, porque vea
como se ha de recatar
de los hombres de mis prendas. *Vas.*

Esp. Lumbre ha dado la invencion,
sin poder dar lumbre, buena
es la industria. *Sale Don Luis.*

Luis. Ya mi hermana
con Doña Ana en casa queda,
yo vengo ahora à mudarme,
por volver à dar la vuelta
à la calle, à ver si encuentro
à aquel caballero en ella,
que hoy no salió de cobarde.

Esp. Hidalgo, sea quien sea,
por otra calle habrá paso,
que está muy cerrada esta.

Luis. Quien lo dice? *Esp.* A la pregunta,
si quiere llevar respuesta,
la de un mosquete lo dice.

Luis. Tened, no caleis la cuerda,
que para un hombre no mas
ya es mucha ventaja esa.

Esp. Si un hombre no mas estorba,
un hombre no mas se vuelva,
que un hombre no mas lo pide.

Luis. Es demasiada llaneza
querer que un hombre no entre
en su casa. *Esp.* Quizá es esa
la causa que aquí me tiene.

Luis. Obedeceros es fuerza;
mas ya sé quien os envia.

Esp. Sabed muy enhorabuena.

Luis. Que quien no tuvo valor
hoy para salir à fuera,
y se quedó entre mugeres,
no es mucho que temor tenga
tan grande, que con mosquetes
me venga à rondar las puertas;
pero yo le buscaré
de dia, y haré que sepa
lo que ha de hacer: qué esto, cielos,
en la Corte se consienta! *Vase.*

Esp. Viendo un mosquete à la vista,
el mas alentado tiembla.

Sale Don Juan.

Juan. Qué no haya Doña Maria
querido escuchar si quiera
disculpas? con Juana estuve
hablando por esas rejas,
y dice que no está en casa
su ama; en fin, ella se niega:
Don Luis sin duda me ha visto
en su casa; y así, intenta
darme muerte, pues restado
muera yo, y matando muera.

Esp. Quien viene?

Juan. Quien va? es Don Luis?

Esp. Señor? *Juan.* Espinel, qué intentas?

Esp. Guardarte la calle. *Juan.* Necio,
qué es esto? *Esp.* Un mosquete en pena,
pues fantástico no mas,
tiene sola la apariencia.

Juan. Pues con escandalo tal
me destruyes? loco, bestia,
vil, cobarde, vive Dios,
que tengo mucha paciencia,

si por tan necia locura
no te rompo la cabeza:
no me sigas, que no quiero
verte en mi vida. *Vase.*

Esp. No sea,
vuelvan todas mis alhajas
à su forma, y su materia,
iré tras él, y aunque tarde,
à casa daré la vuelta. *Vase.*

Salen Doña Ana, y Doña Maria.

Ana. Quien dixera que podia
rodearse de manera
el suceso, que viniera
yo à agradecerte en un dia
pefares tuyos, Maria?
y aqueste te he agradecido,
por haber la causa sido
de haberte visto otra vez,
donde al amor hago juez,
que en nada te he deservido;
porque callarte que estaba
Don Juan escondido aqui,
fue, por ver que à mi de mi
él su secreto fiaba;
y como Don Juan callaba
que tu el retrato me diste;
porque tu me lo dixiste,
así te callé tambien
lo que él me dixo. *Mar.* Está bien,
mas piensa que no consiste
el sentimiento en razon,
pues un zeloso sin ella,
por todo, amiga, atropella.

Ana. No quieras otra ocasion
de mayor satisfaccion,
de que Don Juan ha salido
de casa, à buscarte ha ido,
quejoso, ofendido, y loco;
y no me tengo en tan poco,
que lo hubiera consentido,
si una palabra si quiera
de amor le hubiera escuchado,
ni él, si lo hubiera pensado,
tan libremente se viera,

que

que à buscar otra se fuera.

Mar. Mas satisfaccion no espero.

Ana. Sí, que al dominio primero no volviera, aunque huyó esquivo, de cautivo fugitivo, voluntario prisionero.

Salen Don Diego, y Ines.

Ines. Aquí mi señor está, entra, no tengas temor;

Don Bernardo, mi señor, está recogido ya, la noche tiempo te da, y ella el lugar te procura; tiempo, y lugar asegura.

Dieg. Y qué me vendrá à importar el tener tiempo, y lugar, si me falta la ventura? *Vase Ines.*

Ana. Ya estamos, señor Don Diego, solos (que Doña Maria es mitad del alma mia), escuchadme atento, y luego, ya que à tanto extremo llego, me responderéis, y así saldremos los dos de aqui, ò satisfechos, ò no:

en qué os he ofendido yo? qué queja teneis de mi? No os habeis asegurado de una vana presuncion, viendo la satisfaccion que à vuestros zelos he dado?

Dieg. Doña Ana, yo no he quedado, yo lo confieso, zeloso; mas de vuestro amor quejoso sí, con bastante ocasion.

Ana. Poned la queja en razon.

Dieg. Escuchad: un cauteloso pecho ha tenido un secreto tan recatado de mi, que jamas capaz me ví de su causa, ni su efecto; y amor que guardó secreto, ni fue amor, ni serlo pudo; y así, esas finezas dudo,

quando à ver, Doña Ana, llego. que amor que en todos fue ciego, en ti solo ha sido mudo.

Ana. Don Diego, mayor fineza fue callar una muger lo que te pudo ofender, causandote mas tristeza: y así, el callar fue firmeza de mi amor, por escusar tu tristeza, y tu pesar; faca, pues, deste concepto, que quien te calló el secreto, es quien mas te supo amar.

Dieg. No es, que la que me calló el secreto, afirmo, y digo, que ha sido doble conmigo, aunque el pesar me escusó, pues quien el pesar me dió, de toda traicion desnudo, yo no ignoro, ni lo dudo, que à la amistad satisfizo, pues en no callarlo hizo de su parte quanto pudo.

Ana. Mas facil es el hablar, que el callar en la muger, y pues yo llegué à escoger, donde hay razon de dudar, lo dificil, que es callar, de mi parte hice (no dudo) mas; pues si el pecho desnudo hizo entonces el que habló lo que pudo, el que calló hizo mas de lo que pudo.

Sale Ines alborotada.

Ines. Ay señora! muerta vengo.

Ana. Ines, qué dices? qué tienes?

Ines. Vino de fuera Don Juan ahora, y me dixo: Advierte que Espinel se queda fuera, porque lejos de mi viene, baxa à abrirle de aqui à un rato; yo baxé. *Ana.* Y bien, qué sucede?

Ines. Estaba embozado un hombre en la calle (mal hubiesen

las comedias, que enseñaron engaños tan aparentes), dixele si era Espinel, dixo que sí, entró, y halléme que no era Espinel. *Dieg.* Y à donde está el hombre?

nes. Escucha, advierte, que hay mas desdichas; dí voces, y el mayor daño es aqueste, que despertó mi señor, y al escuchar que anda gente, se levantó de la cama, y à la luz escasa, y breve, que entraba à este quarto, ví: mas qué he de decir, si él viene?

Ana. Don Diego, procura (ay Dios!) retirarte, y esconderte, porque hallandonos mi padre fosegadas desta suerte hablando las dos, verá que eramos nosotras: véte.

Dieg. Mal sé la casa, mas ya miré en el quarto de en frente una luz, y alli podré retirarme, y esconderme; solo me resta saber, cielos, qué embozado es este?

Retirase Don Diego, y sale Don Bernardo con la espada desnuda.

Bern. Quien estaba ahora aqui?

Ana. Doña Maria, que viene à estar conmigo. *Bern.* Ya sé quanto en eso decir puedes: mas no era Doña Maria la que estaba solamente, que un hombre salió de aqui.

Ana. Señor, qué dices? advierte que nosotras dos no mas.

Bern. Dadme aquefa luz. *Ana.* Detente.

Bern. Que desta suerte he de ver mi defengaño, ò mi muerte.

Toma una de dos luces que habrá, y vase.

An. Ay triste de mi! *Mar.* Qué haremos?

Ana. Qué de males me suceden!

pero viniendo el primero, quando menos que estos vienen?

Entranse, y sale Don Luis.

Luis. Las voces de la criada toda la casa revuelven, mal hice en aventurarme: mas ya estoy dentro, no puede escusarse, aqui me escondo, y venga lo que viniere.

Vase, y salen Don Diego, y Don Juan.

Dieg. Señor Don Juan, pues que fois un caballero, que tiene obligaciones, y sabe las que en tal caso se deben à un hombre que en vuestras manos pone su vida, valedme en esta ocasion, que yo os doy palabra, que puede mi amistad favoreceros en otra no menos fuerte.

Con Doña Ana estaba hablando, quando su padre nos sienta, quise esconderme, y hallé abierta esta puerta, entréme donde estais, mi dicha ha sido, si esa piedad me concede algun lugar, donde esté escondido. *Juan.* Detras de ese pabellon podeis estar, y presto, que sienta gente; que en ocasiones de amor, quando escusarse no pueden los lances, sé yo muy bien el amparo que se debe à un amante, y à una dama.

Escondese D. Diego, y sale D. Bernardo.

Señor, pues vos desta suerte?

donde vais? *Ber.* Buscando un hombre, que corriendo velozmente, desde mi quarto se vino huyendo, y se ha entrado en este.

Juan. Aqui ningun hombre ha entrado, solo eltoy, no me parece que sentí ruido. *Bern.* Yo sí,

que

que seguí sus pasos leves,
y à la vislumbre ví el bulto.

Juan. Pues yo os afirmo, que en este
quarto estoy solo. *Bern.* Me dais
ocasion en que sospeche,
Don Juan, que erais vos. *Juan.* Señor.

Bern. Porque veros de esa suerte
à tales horas vestido,
negando lo que no puede
dexar de ser, pues yo mismo
le ví entrar, claro me ofrece
que erais vos. *Juan.* Yo vengo ahora
de fuera, y por evidente
seña, no vino Espinel
conmigo, para que llegue
à haber testigos de todo;
y con esto solamente
respondo à las dos preguntas
de estar vestido, y de verme
entrar, y quando yo fuera,
decidme, qué inconveniente
fuera decir que era yo?

Bern. El daño, Don Juan, es ese,
en negarlo; y pues negais
lo mismo que claramente
ven mis ojos, mayor daño
hay aqui del que parece:
yo os ví salir de mi quarto.

Juan. Pues muera yo infamemente
à manos del mas amigo,
si yo fuí quien os parece.

Bern. Pues otro fue, y está aqui,
y sois de qualquiera suerte,
ya encubridor, y ya reo,
à mi honor ingrato huesped.

Juan. Reportaos, porque yo
en todo quanto se debe
à vuestro honor, y respeto,
sé cuerda, y honradamente
cumplir mis obligaciones.

Bern. Pues perdonadme que entre
à ver aqueste aposento,
que mi agravio no consiente
menores satisfacciones.

Juan. Ay mas desdichada suerte!
quien en tal lance se ha visto? *ap.*
Si le defiende que llegue,
me hago complice en su agravio:
si le permito que entre,
falto al amparo, y palabra,
que di de favorecerle.

Bern. Qué pensais? son casos estos
para admitir pareceres?
vive Dios, que le he de ver.

Juan. Detente, señor, detente,
no has de verlo, vive Dios,
que à ti tambien te conviene.

Bern. Vos me defendeis la entrada
en mi casa?

Salen Doña Ana, y Doña Maria.

Ana. Si suceden *ap.*

dos daños, es el menor
el que ha de elegirse siempre;
una industria con mi padre
este peligro remedie:

Señor, si quieres saber
quien estaba en mi retrete,

Don Juan era. *Juan.* Yo? *Ana.* D. Juan,
no es tiempo de que lo niegues:
él es de Doña Maria
amante, y por eso viene
ella à mi casa, qual ves,
por poder hablarle, y verle:
por ella le sucedió
la desgracia que le tiene
retraído: no es verdad?

Mar. Eso quien negarlo puede,
si yo misma lo confieso?

Sale D. Luis. Ya disimular no puede
mas mi sufrimiento, cielos:
nadie se admire de verme,
que yo diré, como estoy
escondido desta suerte:
yo he venido, Don Bernardo,
por mi hermana, que presente
está, y faltando de casa,
no supe donde estuviese,
y por saber si aqui estaba,

rondé la calle mil veces :
estando en ella , baxó
una criada , y lleguéme
diciendola , que era un hombre
que esperaba ; y así , entréme
hasta aqui , donde ya he visto
mis desdichas claramente ,
pues he visto à un hombre aqui ,
por quien mi opinion padece ,
causando en mi misma casa
mil escandalos , y muertes ,
y aunque ahora esté en la vuestra ,
tengo de satisfacerme .

*Empuña la espada , y detienele Don
Bernardo.*

Bern. Tened la espada , Don Luis ,
que si vuestro agravio es ese ,
os estará à vos muy bien
la satisfaccion que tiene ,
si le da à Doña Maria
mano de esposo . *Luis.* Aunque fuese
así , yo estoy ofendido ,
pues mi hermana à verle viene
hoy à tu casa . *Mar.* Tu mismo
me rogaste que viniese ,
que yo no queria venir ,
y para satisfacerte ,
le doy la mano de esposa .

Luis. Ya el callar es conveniente ,
y pues por vos , Don Bernardo ,
quiero que mi agravio cese ,
cese tambien la ocasion ,
que tan confusos nos tiene :
dadme , pues sabeis de mi
quien soy , y que la merece
mi sangre , à Doña Ana . *Bern.* Yo
gano en eso . *Sale Don Diego.*

Dieg. Pues quien pierde
se descubra , que ya aqui

no es mayor daño la muerte ,
que todos me podeis dar ,
que casarse . *Luis.* Si viniese
con vos aquel gentilhombre
cargado con el mosquete ,
pudiera ser vuestro amor
que con eso se saliese .

Dieg. Eso es achacarme à mi
los temores que tu tienes .

*Van à acometerse , y embarazalo Don
Bernardo.*

Bern. Dentro de mi misma casa
(qué encanto , cielos , es este ?)
una pendencia , y un hombre
de cada razon procede .

Sale Esp. Si quieres que yo te faque
de todo , oye atentamente ;
el mosquetero fui yo ,
que burló à vuestras mercedes :
Don Juan , y Doña Maria
ha mil años que se quieren ,
ya estan casados , à Dios :
Don Diego , y Don Luis pretenden
à tu hija , elija ella
el que mejor le parece .

Ana. Esto conviene à mi honor ;
y así , Don Diego merece
mi mano . *Dieg.* Dichoso soy ,
y por pagar lo que debe
hoy à Don Juan mi amistad ,
yo le perdono la muerte
de Don Fadrique , pues soy
la parte à quien le compete .

Esp. Ahora entro yo con Ines ,
porque vean desta suerte ,
que no viene solo un mal ,
pues tantos juntos nos vienen
el dia que nos casamos :
Perdonen vuestras mercedes .

F I N .

Con Licencia . BARCELONA . POR FRANCISCO SURIA Y BURGADA , IMPRESOR ,
calle de la Paja .

A costas de la Compañia .